3 1761 08831794 6

# DEL NATURAL

Mrs Cockburn

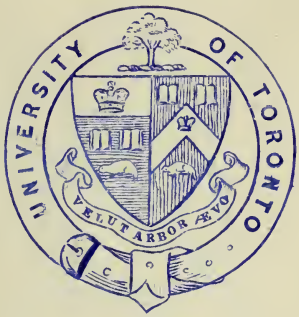
ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO

JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN




PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

DEL NATURAL

47

LS
C7187d

Madrid, Enero 1889.

# DEL NATURAL

(COPIAS VARIAS)

POR EL P. LUIS COLOMA

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS

BILBAO
ADMINISTRACIÓN DEL «MENSAJERO DEL CORAZON DE JESUS»
CALLE DE AYALA (ENSANCHE)

1888

462320
27. 5 47

ES PROPIEDAD

BILBAO: Imp. del Corazon de Jesus, Muelle de Marzana, 1

## COMPRENDE ESTE TOMITO

LAS RELACIONES SIGUIENTES

---

¡ERA UN SANTO!

EL CAZADOR DE VENADOS.

MAL-ALMA.

¿QUÉ SERÍA?

# ¡ERA UN SANTO!

---

*Vigilate itaque, quia nescitis diem neque horam.*

Velad, pues, porque no sabeis el dia ni la hora. (MATTH., 25, 13).

# I

HAY en X.** una gran plaza de forma elíptica, que llaman el salon de la Reina: hállase embaldosada de pequeñas losas de Génova; forman su curva cómodos asientos de piedra con respaldo de hierro, y adornan sus cuatro entradas, sobre pedestales de mármol negro, estatuas de mármol blanco. Cíñela un cinturon de naranjos entrelazados con colosales palmeras de recto tronco y desmayadas copas; brotan de trecho en trecho surtidores de agua, que caen en pilones de mármol guarnecidos de violetas, cuya fragancia amasada, por decirlo así, con el azahar de los naranjos, el calor del sol, y la frescura del agua, deleita los sentidos y pinta en la

imaginacion alminares árabes, jaiques morunos y recuerdos de la Alhambra. Porque á todo este conjunto delicioso, sirve como de toldo el brillante cielo azul de Andalucía, á la manera que cubre la vela blanca de lona, los elegantes patios de Sevilla, que se convierten en estrados, durante las calurosas noches del estío.

El dia primero de noviembre se inauguraba, segun tradicional costumbre, en el salon de la Reina, el paseo de invierno. Dos charangas tocaban por turno, de una á tres de la tarde: los asilos de beneficencia alquilaban sus desvencijadas sillas de hierro y alambre, y damas y caballeros paseaban de arriba abajo, con esa tiesura y ese aire solemne con que los elegantes de capitales de segundo órden, aprovechan las ocasiones de exhibir, pública y oportunamente, las galas preparadas en la córte ó traidas del extranjero.

La gente del pueblo, por el contrario, se aglomeraba en las afueras del salon, rodeando las barracas de lienzo, en que los vendedores de frutas de invierno inauguran en este mismo dia la feria llamada de *Todos los Santos*. Veíanse en grandes montones, bajo aquellos frágiles techos, las bellotas dulces de la sierra, las finas castañas de Galarosa, las nueces mollares, los membrillos de Bornos, los peros de Ronda, las

batatas de Málaga, que bajo su plebeyo hábito pardo, ocultan dulces entrañas, capaces de competir con la aristocrática piña. Y entre aquella gran multitud de aldeanos y gente tosca, que hacian su tráfico al por mayor y menor, veíanse tambien, conducidos por niñeras y criados, enjambres de elegantes niños, que acudian con pequeños saquitos al hombro, á comprar los tradicionales *Todos-Santos*.

La animacion llegaba á su colmo en el mercado y en el paseo, cuando una especie de medrosa sacudida corrió lentamente de un extremo á otro de la multitud, como corre un extremecimiento de frio de los pies á la cabeza del hombre que se solaza en un tibio y perfumado baño. Habia aparecido de repente por una calle próxima, un monaguillo que llevaba en las manos una cruz baja: seguíale precipitadamente un Sacerdote, con sobrepelliz y estola morada, llevando sobre el pecho en una bolsita los Santos Oleos... Apartábase el gentío con cierta mezcla de temor y de respeto, para dejar paso á la lúgubre pareja, que atravesó rápidamente el salon, entró por otra calle vecina, y desapareció en el zaguan de una casa de buena apariencia, dejando tras sí una huella de espanto, semejante á la que produce una idea pavorosa en un cerebro disipado.

—*¡El santolio!*—exclamaba asustada la gente baja.

—¡La Uncion!—repetian medrosamente los elegantes; y la idea de que un cristiano iba á morir helaba todas las sonrisas, y apagaba todas las conversaciones, porque despertaba ese sentimiento de piedad egoista que inspira al hombre la desgracia de que hoy se ha librado y mañana le puede acontecer. Pronto, sin embargo, recobró la plaza su alegre aspecto: la animacion, contenida un momento, se desbordó de nuevo como un torrente que recobra su cauce, y los que se hallaban en posesion de la vida, olvidaron por completo al agonizante que la iba á perder, como si cada cual repitiese para sí, encogiéndose de hombros, aquella amarga exclamacion de un poeta:

Truéquese en risa mi dolor profundo...
Que haya un cadáver más, ¿qué importa al mundo?

Mientras tanto el Cura atravesaba rápidamente el solitario patio de la casa, subia jadeante la escalera, y llegaba á una antesala tambien desierta, desde donde pudo percibir pasos acelerados, gemidos comprimidos, rumor de puertas que se abrian y cerraban. Una señora en traje de calle atravesó corriendo, con la palidez del espanto en el rostro: por el lado opuesto desapareció una criada arrastrando tras de sí á

dos niñitos de seis á ocho años, vestidos de paseo, que se le agarraban aterrados á las faldas, oprimiendo aun entre sus manitas, yertas por el susto, los clásicos saquitos de los *Todos-Santos*. Todo parecia anunciar en aquella casa una de esas desgracias que llegan de repente, terribles y súbitas como la caida de un rayo.

El Cura se detuvo un momento en la antesala, sin saber por cual de sus diversas puertas habia de entrar.

—¡Aquí! ¡aquí! ¡señor Cura! —gritó una voz comprimida.

El Sacerdote se dirigió á donde le llamaban, y atravesando otra pequeña pieza, se encontró en una alcoba, de donde salia un fuerte olor á amoníaco. Detúvose en el dintel, y pronunció las palabras del ritual.

—*¡Pax huic domui!...*

Tan sólo contestó á este saludo de paz el grito agudo de una anciana, que una jóven llorosa y un caballero más asustado que conmovido, sacaban en aquel momento medio desmayada, por una puerta de escape que conducia al interior. Sólo quedó en la alcoba un viejo tendido en el lecho, y un jóven pálido como la muerte, pero completamente sereno.

Hallábase el viejo á medio vestir, tendido boca arriba sobre las ropas de la cama, con el

rostro lívido y amoratado á trechos, inclinado violentamente hácia el lado izquierdo: un ronquido angustioso salia de su boca abierta y torcida, y en uno de los brazos, desnudo hasta el codo, mostraba la señal de la lanceta. Veíanse en una jofaina, abandonada en el suelo, algunas gotas de sangre; más léjos tres ladrillos calientes, botijos de agua hirviendo, sinapismos esparcidos, y entre botes de cosméticos y cold-cream, dos frascos de amoníaco, abiertos sobre un lavabo, en que se veian áun las navajas de afeitar fuera del estuche, y la espuma fresca del jabon en el agua y en la brocha. A un lado, tendido sobre un canapé, habia un frac de irreprochable corte, y sobre una consola de mármol, veíase la gran banda blanca y amarilla de Isabel la Católica, y una magnífica placa de la misma órden, brillando en su estuche de piel de Rusia.

El Cura se acercó sin vacilar al moribundo, y cogiéndole una mano, le gritó al oido:

—¡Don Benito!... ¡D. Benito!... ¿Me oye V?...

El viejo nada contestó, ni dió señales de vida. Levantóle entónces el Sacerdote uno de los párpados, hundidos en cuencas plomizas, y observó aquella pupila vidriosa, que no miraba ni veia.

—¡Hay tiempo!—murmuró.

Y colocando el vaso de los Santos Oleos sobre una mesa en que atropelladamente habian colocado dos velas y un crucifijo, comenzó á recitar, con toda la terrible solemnidad de esta ceremonia, las oraciones que preceden á la Extrema-Uncion; sacramento con que la Santa Madre Iglesia despide á sus hijos moribundos en el dintel de la vida, y los lava y fortifica para el viaje eterno, ungiéndolos con el aceite bendito, símbolo de la incorruptibilidad celestial. El jóven escuchaba de pié, sin moverse ni contestar, hasta que el Sacerdote comenzó á ungir al moribundo: ayudóle entónces sin perder su serenidad, descubriendo los pies desnudos del viejo, volviendo las palmas de sus manos, y levantando su cabeza cuando fué preciso ungirle en el desencajado rostro.

Acabada la ceremonia, el Sacerdote se aproximó á él, y le preguntó si el confesor del agonizante estaba en la casa. El jóven contestó negativamente, con un movimiento de cabeza.

—En ese caso,—añadió el Cura, volveré yo al instante para hacerle la recomendacion del alma... Todavía tirará algunas horas.

El jóven volvió á sacudir amargamente la cabeza sin contestar, y hundió el rostro en las almohadas, tocando con su frente la frente del viejo, poniendo su mano sobre aquel corazon,

cuyos latidos parecian resonar cada vez más sordos, cada vez más profundos...

El Sacerdote se retiró lentamente, sin que nadie le acompañase. Entónces entraron por diversas puertas la anciana y la jóven, el caballero asustado y la espantada señora, y rodearon el lecho del agonizante, inclinándose hácia él, como hacia un centro de dolor.

Todos lloraban: ninguno rezaba sin embargo.

## II

á pesar de todo, pudo escapar de aquella el señor don Benito Morales: la muerte cedió sin duda á las lágrimas de aquellos hijos modelos y de aquella esposa desconsolada, y retiró su garra, llevándose sólo la mitad de la presa. Porque sólo medio cuerpo de D. Benito logró recobrar la vida; la otra mitad quedó, despues del repentino ataque, completamente paralizada. Nadie hubiera reconocido al acicalado viejo, que empleaba horas y horas en ponerse la peluca, pintarse las cejas, y teñirse la anticuada barba á lo Coradino, en aquel espectro envuelto en mantas y franelas, que salió á los quince dias del lecho, para sepultarse en una poltrona

al calor de una estufa, triste, desfallecido por esa inapetencia del convaleciente que aborrece todo alimento; aplanado por esa otra terrible inapetencia del espíritu, que todo lo mira con indiferencia, porque todo lo ve sombreado por la vecindad de la muerte. Porque la muerte habia levantado su guadaña sin retirarla, y seguia amenazando, despues de dado el primer aviso. Cuantas notabilidades médicas se encontraron á mano fueron consultadas, y todas acordes opinaron que el segundo ataque no se haria esperar; que sería repentino como el primero, y que encontrando ya la muerte andada la mitad del camino, no se escaparia por segunda vez D. Benito de sus garras.

Esta terrible sentencia sumió en el mayor desconsuelo á toda aquella familia, unida por uno de esos cariños grandes y profundos, pero que desprovistos de toda idea sobrenatural, podrian muy bien llamarse *paganos:* sentimientos blandos, pegajosos, sensuales, que no parece sino que salen de la carne y van á parar á la carne, como si fueran las moléculas, y no los espíritus, las que se atrajesen y amasen.

El médico de cabecera fué el encargado de dar la noticia á la familia, que toda reunida esperaba ansiosamente el fallo de la consulta. Allí estaba la señora de Morales, la diminuta y me-

líflua doña Tula, que su yerno Sancho Ortiz definia gráficamente con su cerrado acento andaluz y su gracia chocarrera.

—¿Mi suegra?... Una guindilla confitáa... Chúpela V. un poquito: too es azúca... Hínquele V. el diente... y se le hace la boca fuego...

Allí estaba el mismo Sancho Ortiz, su yerno, jugueton como un niño, varonilmente bello como un Antinoo griego, garboso como un torero, cuyo franco desparpajo y desvergonzada frescura le hacian á la vez gracioso y molesto, simpático é insolente. Junto á él se hallaba Benita, su mujer, la segunda hija de doña Tula; sencilla y linda muchacha, madre ya de dos niños, enamorada de su marido como el dia mismo en que se casaron, y prueba viviente por eso, de que la tumba del amor no es el matrimonio. Sentada junto á su madre y muy pegadita á ella, estaba Lolita, la hija mayor; solterona incasable, de dobles colmillos, por no haber querido su madre darle en la niñez el disgusto de que le extrajesen los que ya le sobraban. En el rincon más apartado de la pieza, con una pierna sobre otra, cruzados los brazos y baja la cabeza, esperaba tambien el serio y taciturno Lorenzo, único vástago varon de los Morales, que hemos visto ya junto al lecho de su pabre moribundo.

Al oir la cruel sentencia que fulminaba unánime la Facultad, doña Tula dió gritos lamentables, y llamó á boca llena brutos y animales á los médicos, que no sabian curar á su marido, lo que á los ojos de ella, acostumbrados á ver siempre lo que placia á su deseo, era sólo un pasajero reuma. Hiciéronle coro las hijas en los gritos y en las lágrimas, aunque no en los epítetos que á los médicos prodigaba. Lorenzo clavó los codos en la mesa que tenia delante, y ocultó entre las manos su pálida frente. Sancho Ortiz nada dijo: miró al techo, y se rascó la cabeza.

Doña Tula, colérica y desconsolada, propuso baños, friegas, duchas... todo, ménos perder la esperanza de conservar á su Benito. El médico se despidió al fin picado y aburrido, y cruzando entónces Sancho una pierna sobre otra, dijo con su frescura natural.

—No se canse V., señora... San se acabó no tiene vigilia; y si se ha de morir cuando ménos lo piense, lo mejor es avisar al Cura cuanto ántes, no se vaya como un perro...

Al oir esto Benita, hizo un gesto de horror, y se cubrió el rostro con el pañuelo; espantada Lolita, se abrazó á su madre sollozando. Lorenzo levantó la abatida frente, para mirar iracundo á su cuñado, y doña Tula, con los ojos chispeantes y temblorosa la papada, gritó:

—¡Calla! ¡calla!... hereje... ¿Quiéres asesinármelo?... Bien se conoce que no tienes corazon!... ¡que no eres su sangre!...

Sancho Ortiz se levantó de un brinco con los labios blancos de ira, cogió el sombrero y se marchó diciendo:

—Pues, señor, ¡nada dije!... ¡Usté perdone!... por mí se puede morir cuando quiera, y que se lo lleve Pateta...

Doña Tula dividió entónces su afliccion y su cólera entre su marido desahuciado y el bruto de su yerno, entre la ignorancia de los médicos y los casamientos á disgusto. Salió Benita á la defensa de su marido, acudió Lolita en ayuda de su madre, y la discusion hubiera proseguido siempre fuera del elenco, si impaciente Lorenzo no la cortara de un golpe, proponiendo hacer venir de Sevilla, con la mayor premura posible, al famoso doctor D. Nicomedes Perolejos.

Mientras tanto, llegaba Sancho al casino, renegando de su suegra, y entraba en el gabinete de lectura, donde solian exponer los partes diarios de la córte. Varios señores mayores se le aproximaron, preguntándole con interes por el desgraciado D. Benito.

—¡Pleito perdio!... ¡pleito perdio!...—contestó Sancho, desdoblando *El Imparcial*... De esta

hecha se lleva Dios á mi suegro, y me deja el diablo á mi suegra...

—¿Pero ha sobrevenido algun recargo?...

—¿Y qué más recargo que el que tiene ya á cuestas, señor?... Los médicos han tenido hoy consulta, y dicen que el segundo ataque está á la puerta, y que no hay tu tia...

—Quizá D. Nicomedes...

—Ni D. Nicomedes ni D. Nicenades resucitan muertos, D. Roque... No hay más remedio que enterrarlo, y ponerle en la lápida aquel epitafio del portugués:

Aquí yace Vasco Figueira
Muito contra sua voluntade.

—¿Y lo sabe ya la familia?

—¿Que si lo sabe?... Una zaragata se armó en la casa porque quise yo avisar al Cura, que si no tomo la puerta me saca mi suegra los ojos. ¡Jesú y que barbaridá de mujer!...

—¡Ya se ve!... como se quieren tanto...

—Una barbaridá, D. Roque, una barbaridá es lo que se quieren... Por eso creí yo que, con tanto cariño y tanta devocion, lo primero que habian de querer era llamar al Cura... Pues amigo, conforme solté el trabucazo, se puso la *Rosa Mística* de mi suegra, hecha una *Turris Davídica*... ¡Qué barbaridá!... En cambio, si uno

se constipa en la casa, se han de meter todos en la cama pa sudar...

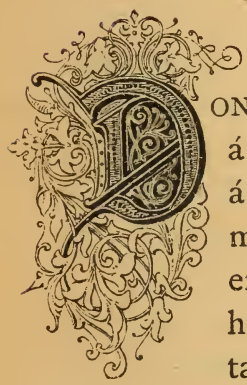
—Pero hombre, temerán que el pobre se asuste...

—¿Y le parece á V. chico el susto que le espera, cuando pegue el zarpazo en lo eterno?...

—¡Vamos, vamos!—dijo irónicamente un caballero, que sentado á parte leia un periódico. ¿Si tendremos á Sanchito neo-católico?...

—¿Qué neo, ni qué demonio?—replicó Sancho, hecho una furia. ¡Los neos son mi suegro y su casta!... ¡Ni yo soy náa, ni náa me importa náa!... Pero me gusta ver á las obras acordes con las ideas... Si un cristiano se muere, que le lleven un Cura; y si se muere un egipcio, que le lleven una vaca, para que se agarre del rabo y muera contento; que si á uno le doy seis, le doy al otro media docena... Pero lo que yo no entiendo es, á esta gente devota... una barbaridá de novenas, una barbaridá de golpes de pechos, y luégo llega la muerte y se asustan del Cura... ¡Pues, caramba!... Si creen, ¿por qué no obran?... Y si no obran, ¿qué demonche es lo que creen?...

## III



Don Nicomedes Perolejos se volvió á Sevilla desahuciando tambien á D. Benito, y perdida ya la familia toda esperanza, sólo pensó en reforzar en lo posible el débil hilito de que pendia aquella vida tan amada, alejando toda molestia física y todo sacudimiento moral que pudiera acabar de cortarlo. Ocultóse al enfermo la gravedad de su estado, haciéndole creer que sólo le aquejaba un pasajero reuma, que la próxima primavera y las aguas de Alhama alejarian por completo; y esforzándose todos por presentarle siempre delante las risueñas cuanto engañosas perspectivas de la esperanza, lograron reanimar por algunos dias el ánimo abatido del enfermo, que sólo muy en confuso se habia dado cuenta del pasado riesgo.

Doña Tula no se apartaba un momento de su lado: sentada á sus pies en una sillita baja, le espantaba las moscas con un plumerito, y agotando todo el repertorio de sus melosidades y sus mimos, parecia una característica vieja, representando papeles de madre cariñosa y de esposa modelo. Mas cuando la infeliz señora traspasaba los umbrales de aquella estancia, en que reinaba siempre una temperatura primaveral, cuando se veia á solas con sus hijos sumidos en la misma afliccion, y representando la misma comedia, su dolor era tan verdadero, tan profundo y tan alborotado, que parecia una viuda del Malabar, dispuesta á quemarse viva sobre la tumba de su esposo.

Al salir de las habitaciones del enfermo, hubiérase creido pasar de una primavera de Nápoles á un invierno de Laponia: fuera todo era silencio, lágrimas comprimidas, sollozos sofocados, precauciones, que, por lo exageradas é inútiles, llegaban á ser ridículas. Habíase tendido en la calle una gran capa de arena, para que el rumor de los coches no advirtiese al enfermo que el menor ruido extraordinario desvanecia su cabeza; las campanillas habian perdido sus badajos, las puertas giraban sobre goznes untados de aceite, é iban á encajar en silencio en quicios cubiertos de trapo. Amos y criados an-

daban por la casa con chanclos de goma, para no hacer ruido, y un portero, de centinela siempre en el patio, hacia andar tambien de puntillas á la multitud de personas que acudian á inscribir sus nombres en el papel en que diariamente aparecia el verdadero estado del enfermo, por quien toda la poblacion se interesaba.

Porque la muerte sorprendia á D. Benito encaramado sobre el pedestal de una de esas reputaciones anónimas, que nadie sabe dónde se cimentan, ni quién las ha formado; pero que sirven de cómodo sitial al que la goza, para tender impunemente la mano á los míseros mortales, con aquel aire de suficiencia, que parece reclamar para sí el dicho del poeta: *La amistad de un hombre grande, es un beneficio de los dioses...*

Era D. Benito, en efecto, uno de esos varones ilustres de provincia, padres de la reducida patria, ciudadanos benéficos al por menor, que dan al fin de su vida nombre á la calle en que murieron, y encuentran en la redaccion del periódico de la localidad algun Plutarco que *con lágrimas todavía en los ojos*, escriba su biografía, *en una página de la historia cubierta con fúnebre crespon de luto.* D. Benito era Decano del ilustre Colegio de Abogados, habia sido seis veces alcalde, dos diputado provincial,

una gobernador interino, siempre presidente de las Juntas de beneficencia, y siempre tambien defensor del órden, apóstol de la tolerancia, y escrupuloso guardador del respeto á los hechos consumados, sobre los cuales, segun su frase, aconsejaba la prudencia, extremecida de horror, tender un tupido velo.

—¡Orden!—decia aquel modelo de civismo, cuando una situacion se bamboleaba; y como órden, segun él, era lo que estaba arriba, y desórden lo que estaba abajo, resultaba que al ponerse siempre al lado del órden, quedaba tambien siempre con la sarten por el mango, al modo de los *Tente-Tieso*, que como quiera que se tiren caen de pié.

—¡Tolerancia! ¡No exasperemos las pasiones!—exclamaba compungido, cuando la impiedad combatia á la Iglesia, y la revolucion minaba el trono, y los ladrones de oficinas limpiaban el bolsillo público... Y cuando la Iglesia quedaba despojada, y el trono se hundia derrumbado, y el bolsillo se declaraba en quiebra, acudia la prudencia de D. Benito, extremecida de horror, á tender un tupido velo sobre aquellos horrendos despojos.

Sólo una vez protestó: sólo una vez dejó á la vergüenza pública un hecho consumado, sin correr el tupido velo, ni extremecerse de hor-

ror, aunque sí cimbrándose de ira... Cuando los federales andaluces levantaron la cabeza, y le incendiaron una casa, y le arrancaron dos viñas, D. Benito corrió desalado á Madrid, centro del órden: instó, rogó, amenazó, intrigó, logrando al fin que le reedificaran la casa y le reintegraran las viñas, y enviaran á presidio á tres federales, y le nombraran ademas, como preservativo contra el porvenir algo brumoso, viceconsul de los estados de Nicaragua, con el salvador derecho de enarbolar en todas sus propiedades, á la menor señal de desórden, aquel pabellon de tres colores, que le prestaba á él solo, la colectiva inviolabilidad de trescientos cincuenta mil nicaraguos y nicaraguas.

Y tenia mucha razon D. Benito: porque la rectitud de sus ideas y la fuerza de su lógica, sólo á dos cosas se oponian; con sólo dos cosas no transigirian nunca. ¡Las demagogias! la demagogia roja y la demagogia blanca... Y sin embargo, despues de ser sublimado á la dignidad consular, todavía le parecia preferible—y lo aseguraba con la mano sobre el pecho,—perecer mil veces víctima de los rojos, á echarse una sola en brazos de los blancos... ¡Ah! los conocia él bien: habia visto el año veintitres pasear clavadas en un palo las orejas de un librero liberal, arrancadas á su legítimo propieta-

rio por los serviles, feroces como chacales; como chacales del desierto!... Y cuando D. Benito referia el trágico suceso; cuando desencajaba sus dientes postizos para pronunciar una *a* gutural y arrastrada en la palabreja *chacaaales*, los perfumados pelitos de su peluca se ponian de punta, como diciendo que sí, que era verdad, que ellos recordaban todavía haberse erizado en aquel tiempo, al oir cantar la lúgubre Pitita, la Pitita ignominiosa:

Pitita, bonita,
Con el pio, pio, pon,
¡Vivan Fernando
Y la Inquisicion!

Y todos le escuchaban pasmados, y todos quedaban convencidos: porque no era D. Benito hombre de pasion, sino de raciocinio; no era hombre de cálculos, sino de convicciones, de arraigadas convicciones, á que habia llegado poco á poco, paso á paso, llevado por las lecciones de la experiencia, los escarmientos de la desgracia, y el conocimiento profundo de los hombres y de las cosas... Allá en su juventud, cuando, sin una peseta en el bolsillo, ni un arrimo en el mundo, era pasante en la oficina de un notario pica-pleitos, sus ideas revolucionarias anunciaban ya las socialistas que hoy pre-

dominan. Cuando, más tarde, apareció instituido heredero universal en el testamento de un tio millonario, enriquecido con la venta de bienes eclesiásticos, sus ideas políticas tomaron un rumbo conservador, mientras en sus ideas religiosas se acentuaba, aun más, aquel matiz volteriano, que tomaba á risa los anatemas de la Iglesia. Mas la Iglesia firmó el Concordato de 1851, dejando escapar el *non sunt inquietandi*, que aseguraba el bolsillo de aquellos ladrones sacrílegos, si, arrepentidos de su pecado, querian confesarlo. Entónces nació en el pecho de D. Benito un amor tierno y sumiso hácia el el Vicario de Cristo; declaróse paladin de la Iglesia, y en los moldes de Constantino y Carlomagno, vació su adhesion al sucesor de San Pedro: tomaba la bula, hacia observar á sus criados ayunos y vigilias, iba á las Cuarenta Horas, rezaba el Rosario, y los domingos, al salir para Misa, repartia un bolson de cuartos entre los pobres, que puestos en hilera, le esperaban á la puerta de su casa... Ignorábase, sin embargo, en medio de tanta piedad, quién fuese su confesor ordinario.

¿Qué faltaba, pues, á D. Benito, para redondear su opinion, en el pequeño círculo en que encerraba sus modestas aspiraciones? ¿Entroncar acaso con alguna de aquellas familias aris-

tócratas de abolengo, que lo miraban por encima del hombro, recordando los protocolos del notario pica-pleitos? Pues por eso casó á Benita, su hija, con Sancho Ortiz de los Pinares, heredero de la casa más antigua de los caballeros del feudo... ¿Quizá alguna banda que cruzara la almidonada pechera, cuando de rigorosa etiqueta vestido, erguido el talle, airoso aun á los setenta años, acompañaba cirio en mano á la procesion del Corpus, ó visitaba las estaciones el Juéves Santo?... Pues por una serie de resortes tocados, y de combinaciones planteadas, y de desembolsadas sumas, la regia munificencia le habia al fin agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica. ¡Dia feliz! *¡Albo dies notanda lapillo!...*

Ya no le restaba sino retirarse á enseñar á leer á sus nietos, como Dionisio Siracusano á los niños de Corinto, despues de haber dictado leyes á Sicilia. Ya podia dejarse caer en el sepulcro, con su banda sobre el pecho, diciendo á la posteridad: *¡Plaudite cives!...*

Pero por una de esas horribles muecas que el destino hace á veces á la suerte, á los tres dias de recibido el real despacho, que le alistaba en el número de las *Excelencias,* en el momento mismo en que iba á ceñirse por primera vez la ambicionada banda blanca y amarilla, para

asistir á un banquete á que el Gobernador de la provincia le invitaba, D. Benito dió un ronquido, y cayó en brazos de doña Tula, que le ponia la corbata blanca, herido por el primer latigazo de la muerte, que le tumbaba en tierra de un soplo, paralizada la mitad de su cuerpo, anegada en angustia y en terror inmenso, toda, toda su alma!...

¡Y creian los antiguos que una corona de laurel preservaba las sienes del rayo!...

## IV

L tierno corazon de doña Tula habia inventado dulces elípsis, cariñosas síncopas, con que trastornaba por completo los nombres de pila de toda su familia. A D. Benito le llamaba *Beni;* á Lolita, *Lí;* á Lorenzo, *Renzo;* á Benita, *Nita;* y cuando Sancho Ortiz entró en la familia, y los enmelados pliegues de su amor de suegra llegaron á cobijarle, sus cariñosos labios fueron saltando, con la habilidad de un filólogo que indaga las raices de un verbo griego, de Sancho á Sanchito, de Sanchito á Sanchin, y de Sanchin á un dulcísimo *Chicho.*

—¡Jesú y qué mujé más empalagosa!—decia el apuesto y varonil Sancho. Si cuando la oigo

hablar, me parece que bebo miel de caña en un pellejo seboso...

Y de aquí nació la antipatía profunda de galgo y liebre, la guerra encarnizada de raton y gato que á suegra y yerno dividia. Porque, á la semana de casado, y comiendo un domingo Sancho en casa de sus suegros, díjole doñá Tula al servirle la sopa, con sus blandos arrullos de tórtola.

—Chicho... Chichito...¿quieres puré ó pasta?..

Chichito se mordió los labios, y estuvo por contestar que—¡Demonios!—Contúvose, sin embargo, por respeto al pan de la boda, y limitóse á decir secamente:

—No me ponga V. motes, señora...

Doña Tula se quedó con la boca abierta y el gran cucharon de plata en la mano, y contestó redoblando sus mimos:

—Pero, hijo mio, si no es mote, es cariño...

—Pues no me quiera V. tanto.

—¡Arisco!... Aunque tú no quieras te he de querer, y siempre serás Chicho... Chichito...

—Pues mire V., señora,—replicó Sancho con el infantil enfado de un chico de diez años.

—Si me vuelve V. otra vez á decir Chicho...

Y aquí se detuvo un momento para medir de una ojeada á la diminuta y arrugada señora; y con esa fuerza imaginativa andaluza, que al po-

ner un apodo encierra en una sola palabra, así los rasgos sobresalientes de la víctima, como las misteriosas analogías que entre personas y cosas existen, concluyó muy sério:

—Le digo yo á V... *doña Cotufa!!*

Doña Cotufa sintió que el calor de sus entrañas de guindilla le subia á la punta de la lengua, y el cucharon de plata tembló en su mano, con el arranque de una peligrosa trayectoria... Contúvose, sin embargo, con más prudencia que su yerno, y puso punto final al asunto, comiéndose con el melancólico aire de una Dido desairada, una aceituna muy gorda. Desde entónces Sancho quedó para siempre Sancho, y doña Tula quedó para siempre doña Cotufa: el apodo llegó á oidos de los criados, corrió por la ciudad, é hizo fortuna.

De allí á poco, otra escaramuza tecnológica vino á hacer ya imposible toda reconciliacion entre doña Tula y su yerno. Llamábala Sancho á boca llena *suegra*, y doña Tula rechazaba este nombre como poco cariñoso, demasiado vulgar, y aun propio sólo de gente ordinaria: empeñábase en que habia de llamarla, su *madre política*.

—No, señora,—replicaba Sancho, con su terquedad de niño mimado. Usted es mi suegra y yo soy su yerno.

—¡No, señor!—disputaba doña Tula. Soy la madre de tu mujer, y por lo mismo tu madre política.

—Que es lo que en toda tierra de garbanzos se llama *suegra*... Hasta los evangelios dicen, que San Pedro tenia una suegra, que se llamaba—¡Vírgen de Consolacion, líbranos!—*Perpétua!!*...

—Será lo que quieras,--dijo doña Tula, apelando al patético; pero es muy triste para mí, que no quieras darme el nombre de madre...

—¡Madre!—replicó Sancho con cierta ironía amarga. Madre no se tiene más que una en la vida, y á la mia se la comió ya la tierra.

—¿Y no estoy yo aquí para sustituirla?... Siempre serás para mí, mi hijo político.

—Y V. para mí... mi suegra *impolítica*.

Y rascando Sancho las varillas del abanico de su mujer, cual si fuese una guitarra, cantaba en tono lastimero:

Quién me diera la suerte
De Adan y Eva,
Que en su vida tuvieron
Suegro ni suegra.

Don Benito se reia á carcajadas, como un simple mortal, porque todo lo de su yerno le caia en gracia, y la discusion quedó pendiente: pero de allí á poco, encontró un dia Sancho en

casa de su suegra á unas señoras forasteras, que se hallaban de visita. Presentóle á ellas doña Tula, diciendo con labios de caramelo:

—Sanchito Ortíz, mi hijo político...

Y Sancho, haciendo un saludo que rebosaba á la vez garbo andaluz, elegancia natural, desparpajo no visto y frescura inaudita, dijo, indicando con el dedo á la mísera doña Cotufa, é imitando su mismo meloso tono.

—Tulita Gomez, mi suegra impolítica.

Las señoras se echaron á reir, y doña Tula, corrida como una mona, convocó indignada el consejo de familia, y propuso cerrar para siempre las puertas de la casa paterna al indomesticable yerno. Mas D. Benito tomó á broma el asunto, dijo que cada cual tiene en este mundo sus cosas, y Sancho tenia las suyas, y corrió el tupido velo de su prudencia sobre aquel hecho consumado, tocándole esta vez á doña Tula extremecerse de horror, y á Sancho desternillarse de risa. Derrotada quedó, pues, doña Cotufa en toda la línea, y pudo en adelante el feroz hijo político perseguir á mansalva á la impolítica suegra, que le miraba siempre con el mortal recelo de la suave gata, á vista del áspero mastin que domina en la casa.

La enfermedad de D. Benito vino á agriar más y más aquellas relaciones, ya de suyo tan

tirantes. Sucedia á doña Tula y á sus hijos, lo que á todos los que piensan mucho en precaver un peligro; que acaban por familiarizarse con él, y llegan á perderle el miedo por completo. A fuerza, pues, de infundir confianza al enfermo, acabaron por recobrar ellos la que habian perdido, y tiraban planes para el porvenir, como si la catástrofe anunciada amenazara, á lo más, desde léjos. Sólo Sancho, profeta de desdichas en aquella casa, complacíase en recordar á cada paso el peligro, no tanto por interes hácia su suegro, como por el gusto de hacer rabiar á su suegra. Tenia ésta el proyecto de trasladar al enfermo, no bien pasaran los frios, á una linda quinta llamada *El Paraiso*, que á media legua escasa de X.** poseia. Oíala Sancho exponer sus planes, y haciendo una mueca, decia:

—¿Al Paraiso?... ¡Hum!... Lo más cerca que se queda es en el Purgatorio...

—¡Me revientan tus gracias!—gritaba doña Tula. ¡Gracias de jitano, de cuartel, de cabo de barrio!... Si los médicos no saben curarlo, Dios oirá nuestros ruegos y hará un prodigio...

—¡Sí!... Fíate de Dios y no corras...

—Es que se corre al mismo tiempo... Nosotros cuidamos hasta de su respiracion, y Dios cuida hasta de los pajaritos.

—¡Mucho!... por eso tienen las pantorrillas tan gordas.

—¡Eres hasta irreverente, Sancho!... No tienes temor de Dios, ni fe, ni confianza... Benito hace demasiada falta para que Dios se lo lleve: un hombre tan indispensable, tan recto, tan cristiano...

—¡Un santo... abogado por más señas!—replicaba Sancho. Por eso habrá que decir de él, lo que de San Fidel de Sigmaringa.

Santo es el que fué abogado...
¡Grande es el poder divino!
Le costó ser capuchino,
Y morir martirizado.

Doña Tula, indignada y llorosa, se retiraba al monte Aventino, y quedábase Sancho triunfante, gozoso al verla rabiar, con esa especie de crueldad en que incurren á veces los andaluces, por su prurito de buscar en todo, hasta en las cosas más sérias, motivo de burla y entretenimiento.

Pensóse al fin en traer á D. Benito sus dos nietos, para proporcionarle, en sus terribles ocios de enfermo, la distraccion de enseñarles á leer: tarea para él entretenidísima, que poco ántes del fatal ataque habia emprendido, con sencilla candidez de abuelo, y vanidad de erudito, no ignorante de que Jenofonte escribió la Cy-

ropedia, Aristóteles enseñó las primeras letras á Alejandro, hijo de Filipo, y San Jerónimo habia dirigido una maravillosa epístola *ad Laetam, de institutione filiae*. Los chiquillos acogieron con entusiasmo el pensamiento, recordando las pingües cosechas de anises y de almendras, que por arte mágico brotaban de sus propias orejas, al contacto de la mano del abuelo, cada vez que atinaban con la *a*, ó no la confundian al ménos es con la *z*: porque D. Benito, consecuente en todo con sus ideas, cimentaba su método de enseñanza en la más paternal indulgencia. Esperaba, pues, impaciente á los nietos, sin poderse mover el infeliz de su poltrona, y teniendo al lado una mesa en que se veian de manifiesto dos eruditos silabarios, y otros tantos *Juan de las viñas*, que, como preámbulo para reanudar con fruto las tareas escolásticas, queria regalar á sus microscópicos discípulos. A su lado estaba doña Tula, árbitro supremo en aquellas lides literarias, sentada á los pies de su esposo, con el continente de aquel buho, emblema de la sabiduría, que suele pintarse junto á la docta Minerva.

Los chiquillos se escaparon, al entrar, de las manos de su madre, y ligeros como pájaros corrieron al abuelo, á quien no veian desde la fatal mañana de Todos Santos. Mas, á la mitad

de la pieza, sus inquietos piececillos se clavaron en la alfombra, y en sus angelicales caritas se retrató á la vez la sorpresa y el espanto... En vez del acicalado abuelo que ellos conocian, se les presentaba delante un monton de ropa, de donde salia un rostro cadavérico, envuelto en un gorro negro, con las cejas sin pintar, la dentadura sin poner, la barba desteñida, blanca en las raíces, amarilla en los medios, sólo negra en las puntas. D. Benito extendió hácia ellos su flaca y temblorosa mano, y abrió la boca para llamarlos; los chiquillos espantados echaron á correr, y ocultaron sus caritas en las faldas de su madre.

Entónces sintió el pobre viejo, que allá, de lo más hondo de su alma, se le escapaba una cosa; una cosa alegre y agradable como la esperanza de la vida, dejándole en su vez otra cosa; otra cosa, triste y fria como un hoyo abierto en la tierra... Era que el espontáneo terror de los niños le revelaba de un golpe la horrible mutacion que en él se habia operado, y los cariñosos engaños de que estaba siendo víctima: era, que aquellos ángeles, que corrian asustados, se cruzaron en su imaginacion con otro ángel que se acercaba hácia él, sereno é implacable. El ángel de la muerte.

Así lo comprendió D. Benito, y se echó á

llorar desconsolado. Aterrada doña Tula quiso remediar el yerro, obligando á los niños á que abrazasen al abuelo. Mas los chiquillos se agarraban llorando al cuello de su madre, sin que halagos ni amenazas les persuadieran, y el más pequeñito, que aún no contaba seis años, levantaba poco á poco la carita, asomaba un ojito para mirar al abuelo, y asustado la volvia á esconder en el seno de su madre, diciendo muy bajo:

—¡Qué feo es, mamá!... ¡Qué feo!... ¡Paece uno Cancon!...

## V

QUEL golpe, que nadie pudo precaver y que manos tan inocentes descargaron, anonadó por completo á D. Benito. Al dia siguiente no quiso levantarse del lecho, y cuando alarmados sus hijos fueron acudiendo uno á uno, á todos los recibia con triste silencio y lágrimas abundantes. Atribuyeron al pronto á lo débil de su cabeza aquella sensibilidad exagerada, y pensaron en traerle de nuevo á los nietos, á ver si, mejor aleccionados éstos, curaban ellos mismos la herida que tan inocentemente habian abierto. Mas D. Benito no quiso verlos, y permaneció todo el dia sumido en una especie de angustioso letargo. Llegó la caida de la tarde, con esa tris-

teza mortal que infunde la puesta del sol á los enfermos y á los doloridos, y las vagas tinieblas del crepúsculo comenzaron poco á poco á invadir la alcoba del enfermo: suspiraba éste hondamente de cuando en cuando, y doña Tula, hundida en una butaca colocada á los pies del lecho, lloraba en la oscuridad, pasando las cuentas de un rosario. En un gabinete próximo se hallaban sus tres hijos, sin osar aparecer delante de su padre, por miedo de alarmarle con su presencia contínua. De repente sonó en el silencio de la alcoba el llanto acongojado del enfermo. Doña Tula se levantó de un salto, y se acercó á él:

—¿Qué tienes, hijito?—le dijo. ¿Qué es eso?. .

—¡Estoy muy malo, Tula!—contestó D. Benito redoblando sus lágrimas.

Inmutada doña Tula se dejó caer sobre el mismo lecho, y uniendo casi su rostro al del enfermo, dijo ansiosamente:

—¿Pero te sientes peor, vidita?... ¿Quieres que llame?...

—¡No, no!... ¡Me están engañando, Tula!... Estoy muy malo, y me lo ocultan: me engañan...

—¡Vamos, Beni mio, no me seas tonto!... ¿Quién te va á engañar?... ¿Yo, hijito?... ¿Tus hijos?... Si no tienes nada, nada... Nada más que una aprension, que te va á matar á ti, y á

nosotros de rechazo... ¿No nos ves á todos tranquilos, hijito? Renzo salió á caballo; Lí, se fué á la novena de ánimas... y mientras los hijos se van de paseo, el papá está muy malito, muy malito; muriéndose... ¡Vamos, hijo, que tienes unas cosas!...

Y todas estas mentiras las ensartaba doña Tula sin tomar resuello, haciendo heróicos esfuerzos por aparecer serena, y afectando á lo último un tono jocoso. Mas D. Benito no se daba por convencido.

—¡Me engañan!—repetia: ¡me engañan!... Mira los niños...

—¿Y vas á hacer caso de unas criaturas?... ¡Por Dios, Beni mio, ten juicio!... Que te vieron sin peluca y sin dientes, y se asustaron los pobrecillos... ¡Ya se ve!—prosiguió, queriendo llamar la atencion del enfermo á otro asunto ménos peligroso: unos niños sin educacion ninguna, hijos de ese padre tan chabacano, que están creciendo ahí, como quien dice, á la flor del berro... Ya se lo he dicho yo á Nita, y es menester que tú hables de esto seriamente á Sancho... Esos niños necesitan educacion: á Benitin un aya inglesa, y á Sanchillo un capellan; porque, lo que es mandarlos á colegios, de ningun modo: seria una crueldad... ¡Angelitos!... Yo en esto no transijo, y por más que digan

de los Padres Jesuitas, no me avengo... Harán de los niños unos santitos, enseñarán muy bien: no lo niego... Pero figúrate que me dijo María Perez, que no les daban chuletas para almorzar: café con leche, ó chocolate... ¡Vaya V. á ver!... Y luégo sobre todo, el calorcito de la familia, los mimitos... Vamos, vamos, no hay que pensar en colegios... ¿Qué dices, hijo? ¿estás mudo?...

Y alarmada siempre doña Tula, inclinó el rostro sobre el de su marido, que en la oscuridad no distinguia: vió entónces sus ojos abiertos y fijos, y oyó su voz temblorosa y angustiada que le decia:

—¡Tula!... ¡Me quiero confesar!...

Doña Tula pensó morirse del susto.

—¿Qué dices, hijo mio, qué dices?... ¿Estás en tu juicio?... ¿Crees que te vas á morir?... ¡Jesus! ¡Jesus! ¡qué disparate!...

Y la pobre señora se reia sorbiéndose las lágrimas, miéntras D. Benito, llorando más y más angustiado, repetia:

—¡Me quiero confesar!...

—Pero, Beni mio, ¿qué tienes?... ¿No ves que me afliges?... No seas escrupuloso, por Dios... si te confesaste hace quince dias...

Vió entónces doña Tula que la escuálida cabeza de D. Benito se revolvia en la almohada,

que sus ojos relucian, que su pecho se desgarraba en un interminable sollozo, y que envueltas en aquella oleada de amargura, resonaban huecas y profundas estas palabras, que la infeliz mujer creyó ver reproducirse con caractéres de fuego en el aire.

—¡¡Pues por eso mismo!!

Doña Tula sintió escalofríos, y tuvo necesidad de sentarse; pero en el mismo momento una congoja espantosa se apoderó del mísero viejo, y de aquel monton de mantas que la angustiada señora abrazaba á oscuras, salieron á borbotones lamentos, sollozos, hipos... Aterrada la infeliz dió voces pidiendo socorro; acudieron los hijos desalados, trajeron luces, y el médico, que no tardó en llegar, lo resolvió todo diciendo, que era una crísis nerviosa, recetando varios calmantes, y recomendando, sobre todo, mucha paz, mucha quietud, mucho sosiego...

—Pues lo que es eso no se encuentra en la botica,—dijo Sancho Ortiz meneando la cabeza.

Doña Tula no pudo dormir aquella noche; pasó toda ella sentada al pié de la cama de su marido, inquieta, recelosa, meditabunda, como si combinase algun plan, luchando con las amargas contradicciones de la zozobra. Al amanecer, ya habia tomado su partido: era necesario á todo trance apartar á D. Benito de las lú-

gubres ideas que le embargaban, é imaginó para ello, de acuerdo con sus hijos, reunir una nueva junta de médicos, y buscar entre éstos uno que se prestase á engañar al enfermo, asegurándole que su vida no corria el menor riesgo, y fingiendo comprometerse á volverle la salud en determinado tiempo. Sólo Benita se atrevió á insinuar tímidamente, que sin perjuicio de poner en práctica aquel plan, se podia aprovechar la ocasion de haber mostrado el mismo D. Benito deseos de confesarse, para administrarle los sacramentos. Doña Tula se puso colérica al oirla.

—¡Pero, qué falta de sentido comun, Señor Dios mio!—exclamó manoteando. ¿Pues no oyes que esas ideas tristes son las que lo matan?.. ó es que tienes el mismo corazon de corcho de tu marido?...

Benita se echó á llorar, y doña Tula, abatida en realidad, y extenuada por la fatiga física y la zozobra contínua, se dejó caer en una butaca, diciendo lastimeramente:

—¡Dejadme!... ¡Dejadme por Dios, y no me aflijais más, que harto pesada es la cruz que llevo!...

—Pero mamá, sí...

—¡No me comprenden!—continuaba doña Tula gimiendo. No se hacen cargo de que á personas tan escrupulosas como tu padre, no se

pueden decir esas cosas de sopeton... Una criatura tan devota, que hace la vida de un santo, y anoche se puso mortal, sólo porque sospechó que se veia en ese trance...

Reunióse al fin la junta, encontróse, no sin dificultad, el médico farsante, y fué más fácil de lo que se pensaba persuadir á D. Benito de que su vida no corria riesgo... ¡Ah! nada se apresura tanto á creer el hombre, como lo que halaga su deseo, y aun en medio de los terrores de la incertidumbre, frente á frente de la evidencia misma, sabe todavía descubrir algun ingenioso resquicio, por donde pueda vislumbrar siquiera un rayo de esperanza. Desvaneciéronse los miedos del pobre viejo, y pareció que le levantaban del corazon el peso de una montaña.

—¿Lo ves, Beni mio?... ¿Lo ves, pichon, cómo yo no te engañaba?—decia doña Tula, sobando cariñosamente la única mano libre del paralítico.

Don Benito reia y lloraba al mismo tiempo, como un niño terco y mimado, que se da al fin por convencido. Retuvo, sin embargo, en su mano las dos de su mujer, y sacudiéndolas con fuerza, dijo solemnemente:

—¡Tula! prométeme una cosa...

—¿Qué quieres, Beni mio?—dijo ella otra vez azorada.

Don Benito quiso hablar, y la emocion le cortó la palabra: hizo dos ó tres pucheros, y dijo al fin llorando á lágrima viva:

—Que cuando llegue la hora me has de avisar... que no he de morir sin sacramentos...

—Pero, hijo mio, ¿todavía estamos en eso?... ¡No pienses en ello, por Dios!... Si no hay el menor motivo.

—¡Ya lo sé!.., para cuando lo haya, digo.

—¿Y crees tú que habia yo de dejarte morir sin ese consuelo?... ¡Pues no faltaba más!... Qué dirian en todo X.**, si nada ménos que un don Benito Morales, diese ese mal ejemplo?...

—¡Tula, en ti confío!... ¡Mira que tengo que arreglar muchos asuntos!...

—¡Muchos asuntos!—repitió doña Tula, con la risa cariñosa de una madre, que hace exámen de conciencia con su hijo pequeñito. ¡Valientes asuntos serán los tuyos!

Don Benito cerró los ojos, y sacudió la cabeza sin contestar, tomando su rostro la extraña expresion de un terrible jeroglífico...

—Pues mira, hijo,—continuó doña Tula con mimosa condescendencia: puedes estar tranquilo, que yo te lo prometo... Pero prométeme tú tambien que no has de ser escrupuloso ni aprensivo... ¡Bonita soy yo para esas cosas!... Desde que te atacó el reuma, se dice todos los dias

una misa á la Vírgen de Consolacion, y ya le tengo ofrecida una novena en accion de gracias, y una funcion solemnísima para cuando tú puedas asistir... Vendrá un predicador de fuera, y aquel dia estrenarás por fin tu gran cruz, con su placa y todo... ¡Ah, pícaro! qué calladito me tuviste que la habias pedido... Si lo llego á saber á tiempo, pides tambien para mí la banda de María Luisa...

Don Benito se echó á reir con la risa más bonachona del mundo, y contestó con la sencillez de un honrado traficante:

—Esa es mucho más cara...

## VI

ENITA tardaba en volver de casa de su padre, á donde todas las mañañanas iba despues de misa, y Sancho, cuyo estómago no se resentia por los pesares que la enfermedad de D. Benito causaba á la familia, llamó á los dos niños, y mandó que, sin esperar á la señora, les sirvieran el chocolate: eran ya las nueve, y tenia hambre.

Los chiquillos comenzaron á alborotarse con la novedad, y el mayor de ellos se encaramó en el sillon de su madre, diciendo:

—¡Hoy soy yo mamá!...

A Sancho le pareció muy bien el pensamiento, y para que representase mejor su papel, le puso el gorrito de mañana de Benita, adornado con encajes y cintas de color de rosa... ¡Oh qué

gusto!... Los chiquillos se morian de risa, y el más chico se encaramó á su vez en el sillon de su padre, diciendo:

—¡Y yo soy papá!...

¡Perfectamente!... Al instante abdicó Sancho en sus manos la patria potestad: púsole en pié el ancho cuello rizado de su blusita, y le ciñó en torno, á guisa de corbatin, el finísimo pañuelo de seda blanco, que al levantarse se habia él anudado al cuello.

¡Magnífico!... Ya no faltaba, sino lo que, con prudentísimo tino, se le ocurrió al punto á la improvisada madre.

—¡Papá!... ¡Ahora tú eres mí!...

—¡Eso es!... ¡Ahora yo soy ti!—exclamó Sancho, tan satisfecho.

Y acto contínuo se puso en la cabeza el gorrito de crochet que llevaba Benitin, anudóse el babero del mismo, y se embutió como pudo en uno de los altos y estrechos sillones que de ordinario ocupaban los chicos. Las cabezas de estos apenas llegaban á la altura de la mesa, y Sancho sobresalia por encima de ella, desde las rodillas hasta arriba... De esta suerte comenzaron el padre y los hijos á tomar el chocolate más sabroso que habian gustado en su vida: así lo atestiguaron despues los picos de la corbata del padre, y las cintas del gorro de la madre,

que entraban y salian en las jícaras, con la más espontánea franqueza.

Pronto, sin embargo, asomó su oreja la discordia: celoso Sanchillo del gran corbatin de su hermano, le tiró el dardo envenenado de la envidia.

—Papá tiene bigote y tú no... ¡Rabia!—le dijo.

Acudió Sancho con su ordinaria prudencia, á ahogar en gérmen aquellas pasiones, que levantaban la cabeza. Mojó un bizcocho en su jícara, y pintó á Benitin un soberbio bigote: era retorcido y con florones en las puntas, como los del difunto rey Galantuomo. Vióse cogido Sanchillo, y sin pizca de respeto á su provisional sexo, reclamó el mismo honor: indignado Benitin, se opuso abiertamente por razones de decoro.

—¡Mamá no tiene bigote!—decia.

—¡Pero mamá Tula tiene!

—¡Tú no eres mamá Tula... eres mamá!...

—¡Pues sí!...

—¡Pues no!...

Y para apagar de una vez discordias intestinas, Sancho mojó otro bizcocho, y pintó á su primogétito, bigotes y patillas de corte imperial, como las de Guillermo de Prusia. La algazara fué completa, y se procedió á otra cosa. Sancho comenzó á enseñar á sus hijos un nue-

vo procedimiento para tomar el chocolate: era la misma teoría de los juegos malabares. Tirábase una sopa por alto, y habíase de coger con la boca al bajar por el aire: era aquello muy divertido.

—¡A la una!... ¡á las dos!... ¡á las tres!—decia Sancho; y para dar la señal, pegaba en la mesa con el plato.

Las sopas volaban por el aire, describiendo caprichosas trayectorias, y caian en todas partes menos en las bocas que abiertas las esperaban: sólo Sancho acertaba á coger la suya. Los chiquillos creyeron que estaba el secreto en pegar al mismo tiempo con el plato: dieron fuerte con los suyos, y se quedaron muy sorprendidos, al ver que los lindos platitos de china se hacian añicos contra la mesa. Parecióles aquello una cosa bien extraña.

En aquel momento entró Benita, y el grotesco cuadro que ofrecian á sus ojos aquellos tres pedazos de su alma trajo á su corazon una de esas inmensas oleadas de dicha íntima, de santa dicha del hogar, que llenan los ojos de lágrimas dulcísimas, y compensan en un segundo á la mujer todos sus sinsabores de esposa y de madre. Quiso, sin embargo, volver por los fueros de la disciplina doméstica, y comenzó á gritar, sin poder contener ni la risa ni las lágrimas:

—¡Qué enemigos!... ¡Jesus, Dios mio!... ¡Cómo se han puesto!... ¡Y su padre es el peor de todos ellos!...

Sancho se puso en pié de un salto, sin poder zafarse del ajustado sillon que se adheria á sus caderas, y se tiró al suelo delante de Benita, diciendo:

—¡Pedon!... ¡pedon!... ¡que ya no lo haré más!...

Los chiquillos se agazaparon á su lado, tambien en el suelo, y levantando hácia su madre sus caritas llenas de chocolate, repetian haciendo coro á su padre.

—¡Pedon!... ¡pedon!... ¡que ya no lo haré más!...

—¡Jesus! ¡Jesus!—decia Benita riendo y llorando. ¡Cómo se han puesto las blusitas limpias!... ¡Y mi gorro, Vírgen santa, cómo está!... ¡Qué diablo de hombre este, Dios mio! ¡Si tú los revuelves á ellos!... ¡Si era menester encerrarte!...

Al oir que se podia encerrar á papá el pequeño populacho, voluble y antojadizo como siempre, púsose de parte de su madre, gritando:

—¡A encerrarlo!... ¡á encerrarlo!...

—¿Encerrarme á mí?...—exclamó Sancho, botando del suelo como una pelota. *¡Civis romanus sum!*... ¡A mamá es á quien hay que encerrar en la pajarera!... ¡en la pajarera!...

Y levantando á Benita en sus nervudos brazos, cual si fuese una pluma, comenzó á correr por las galerías, hácia un mirador de cristales, perfectamente cerrado, donde un centenar de canarios vivian, cantaban y se multiplicaban. Los chiquillos echaron á correr detras, alborotando llenos de entusiasmo; los dos perros de caza de Sancho acudieron presurosos para unirse ladrando al cortejo, y los criados se asomaban á puertas y ventanas, diciendo entre exclamaciones y risas:

—¡Pero qué señorito este!... ¡Qué ángel tiene!... ¡Y qué humor tan hermoso el suyo!... ¡Dios se lo conserve!... ¡Dios lo bendiga!...

Benita cerró los ojos para saborear más á sus anchas la dicha de sentirse presa en aquellos brazos tan amados, de ver saltar de alegría aquellas lindas figuritas pintadas de chocolate, de oirse bendecir por aquellos fieles criados, testigos de su dicha... Mas en el mismo momento acudió á su memoria el triste cuadro que acababa de dejar en casa de su padre, y la gota de hiel, la gota amarga que la paternal providencia de Dios deposita siempre en la copa de las dichas mundanas, para obligarnos á pensar en otra dicha más alta, le hizo prorrumpir en sollozos:

—¿Qué tienes, hija?—exclamó Sancho deteniéndose asustado.

Benita pegó los labios al oido de su marido, y le dijo llorando:

—Que se muere papá... y no hay medio de convencer á mi madre, de que se avise al Cura.

Sancho echó á correr de nuevo, porque el populacho infantil y el populacho canino llegaba ya al alcance de sus piernas, y entrándose en la pajarera, cerró por dentro, dejando fuera á niños y á perros.

¡Ah!... ¡Con cuánto gusto diríamos ahora, que al encontrarse solos los dos jóvenes esposos, sus almas se vaciaron la una en la otra, para fundirse ambas en una sola, y participar del mismo dolor, como participaban de la misma dicha!... Mas no sucede así en el mundo, y no sucedió allí entónces: el egoismo suele ser más fuerte que el amor, sobre todo en el hombre, y la variedad de intereses que aquél despierta, aparta entre sí los corazones destinados á formar uno sólo, produciendo entre los que se aman esa extraña discordancia que separa, sin dejar de unir; esa cadena alternada de puras satisfacciones y mezquinos disgustos, que imprimen su carácter de humanos á todos los afectos de aquí abajo, donde siempre aparece el grosero sello de barro, junto á todo lo grande y lo noble, que puede dar de sí el alma.

Benita se dejó caer en una de las gradas de

madera en que los canarios tenian sus nidos, y refirió llorando á Sancho todo lo acontecido en casa de su madre. Este la escuchaba gravemente, con el gorro de su hijo puesto, y el babero anudado todavía, examinando con la mayor atencion los huevecillos depositados en uno de los nidos. De repente dijo:

—¿Sabes quién es el confesor de tu madre?

—El mismo Cura de la Parroquia... D. Félix Sangüesa.

Sancho se puso á mirar al trasluz uno de los huevecillos, para ver, sin duda, si iba camino de empollarse. Benita guardaba silencio, trazando con el pié rayas en la basura que cubria los finos ladrillos del pavimento. El dijo de pronto:

—¿Tu padre hizo por fin el testamento que pensaba?

—Yo no sé, ni me importa saberlo;—contestó ella, encogiéndose de hombros.

Sancho pareció no haber oido la respuesta, porque tiró en un rincon el huevecillo que tenia en la mano, diciendo al mismo tiempo:

—¡Qué barbaridá!... ¡Este huevo está huero!...

Y siguió examinando, con la misma atencion, los otros que en el nido habia.

—¿Por qué preguntabas lo del testamento? —dijo al fin Benita.

—Porque tu padre me prometió mejorarte en tercio y quinto, y dejar un buen legado á cada uno de los niños.

—A mí me importa poco eso,—replicó Benita sollozando. Lo que á mí me preocupa es el cuidado de su vida, y el cuidado de su alma.

Sancho debió de convencerse en aquel momento, de que los huevecillos restantes estaban tambien hueros, porque los apretó fuertemente, haciendo una tortilla en el fondo del nido.

—Tienes razon,—dijo al cabo. De eso es de lo que hay que cuidar, y hoy mismo hablaré yo al Cura...

## VII

Aquella tarde, Sancho se dirigió, en efecto, á la parroquia de sus suegros, en vez de salir á caballo como tenia de costumbre. Era el Cura un señor alto, seco, viejo, de modales bruscos en apariencia.

—Usté no me conocerá,—le dijo Sancho, con aquel aire que le era propio, entre altivo y campechano.

—No, señor; no tengo ese gusto,—replicó el Cura.

Y Sancho, con el tono algo enfático de quien cree pronunciar un nombre destinado á causar efecto, añadió, inclinándose ligeramente:

—Sancho Ortiz de los Pinares...

—¡Ya!... Muy señor mio... ¿Y qué tal?... ¿Sigue bien D. Benito?...

—¿Bien D. Benito?—repitió Sancho, mirando al Cura sorprendido. ¡Pues me hace gracia!... Perfectamente está el buen señor... Divertidísimo. .

Iba Tom muy divertido
Cuando lo iban á ahorcar,
Y en la horca se le vido,
Reir, cantar y bailar.

Y mientras esto decia Sancho, en su tono usual de chanza, se sentaba sin ceremonia, cruzando una pierna sobre otra. Tocóle la vez de sorprenderse al Cura, y ya iba á manifestarlo con alguna aspereza, cuando Sancho añadió:

—¿Pero V. no sabe que mi suegro está, como quien dice, con un pié en la sepultura?...

—¿Qué me cuenta V.?... Pues si me dijo su misma señora, doña Gertrudis, que el accidente habia pasado, y que no quedaba peligro alguno...

—¿Eso ha dicho mi suegra?... ¡Qué barbaridá!... ¿Y cuándo lo ha dicho?...

—No hace tres dias... Antes de ayer, cuando vino á confesarse para la comunion general de las Madres Cristianas...

—¡Por vida de las Madres Cristianas y de las suegras embusteras!... Pues sepa V., señor

Cura, que todo eso que ha dicho mi suegra es mentira...

—¡Ya!

—Y ella sabe que lo es...

—Ya, ya...

—¿Y sabe V. por qué lo dice?... Pues para que á V. no se le ocurra darse por allá un paseito, á visitar al enfermo.

—Ya, ya, ya...

—Y le diga á ese pobre viejo, que se prepare para morir, porque, cuando ménos lo piense, revienta como un triquitraque...

—Ya, ya, ya... yaaa!...

Y el Cura abria y cerraba la despintada caja de laton de sus gafas, como si de ella fuera sacando aquellos significativos—¡ya!—que aparecian en sus labios como claves de otros tantos enigmas, que se iban descifrando... Refirióle entónces Sancho todo lo que su mujer le habia narrado aquella mañana, y concluyó pidiéndole que interpusiera su autoridad con doña Tula, como confesor y como Párroco, para que se administrasen á D. Benito los Santos Sacramentos.

—A esa mujé,—decia, se le ha metido en la cabeza que su Benito se ha de quedar en este mundo pa simiente de rábanos... Setenta años tiene ya, señor Cura; y á los setenta años no

se necesita para morir, otra enfermedad que la muerte... ¡Caramba! siempre he oido hablar del *Padre Eterno;* pero lo que es del *suegro eterno*, en mi vida oí palabra, como no sea á mi suegra...

El Cura comenzó de nuevo á abrir y cerrar la caja de las gafas, y dijo, mirando á Sancho con el rabillo del ojo:

—Por supuesto, que tampoco habrá hecho testamento...

—¡Pues claro está que no!—exclamó vivamente Sancho.

Otro significativo—¡ya! que rayó las tripas del yerno, dejó escapar el Cura de su impertinente caja.

—Es decir,—prosiguió aquél, mordiéndose los labios: testamento creo que hizo ántes de que yo me casara... Pero, como es natural en hombre de tantos negocios, siempre le quedarán cabillos sueltos.

—Ya, ya...

—Y, en fin, señor Cura; eso importa poco... Lo que hay que cuidar es de su alma...

—Ya, ya...

—Y que no se vaya á morir el pobre hombre, lo mismito que un perro...

—Ya, ya, señor D. Sancho: ¡ya entiendo!... Descuide usted, que eso corre de mi cuenta...

En treinta y cuatro años que llevo de Párroco, he visto irse muchas almas al infierno, gracias al cariño de sus parientes... Lo que no he visto nunca es, que se muera un enfermo por la impresion que le cause recibir los Santos Sacramentos...

—Eso digo yo, señor Cura...

—Y yo digo más, señor D. Sancho,—le interrumpió con severidad el Párroco... Digo que he visto á esos mismos parientes tan cariñosos, que no tenian valor para cumplir el deber quizá más grande del cristiano, el deber que les carga ante Dios de la más tremenda de las responsabilidades, cual es la de la perdicion de un alma; los he visto, digo, no titubear un instante en dar, como ellos dicen, *la puñalada*, cuando se trataba de sus intereses... ¡Y esto, hasta entre gente de esa que llaman piadosa!... Oiga V. un caso, que me sucedió hace poco... (1). Cierta señora devota... muy devota, vivia con un hermano rico, calavera y viejo, en la creencia de que éste tenia hecho testamento en favor suyo. Enfermó el hermano del mal de la muerte, y cuantos esfuerzos hice para acercarme á él y confesarle fueron inútiles: la tierna hermana me lo impedia siempre, por temor al sobresalto que mi presencia pudiera causar al enfermo. Insté,

(1) Histórico.

y rogué y amenacé, como era obligacion mia, y sólo conseguí que la pía señora me pusiera en la puerta de la calle, amenazándome con llamar á un polizonte, si volvia á presentarme en su casa... Mas por una bendita casualidad supo aquella mujer que no estaba aún hecho el testamento, en que cifraba sus esperanzas, y... ¿sabe usted lo que hizo la cariñosísima hermana, la piadosísima señora, para que no se le escapara la herencia?... Pues tuvo el descaro de acudir á mí, desalada, para que urgiese al pobre moribundo á dictar el testamento; y como yo tardase una hora—nada más que una hora, señor D. Sancho—en acudir á la casa, ella misma se apresuró á *darle la puñalada,* temerosa de que yo no llegara á tiempo...

—¡Qué barbaridá!... ¿Y V. qué hizo, señor Cura?...

—Pues cumplir con mi deber, señor D. Sancho, y atenerme á lo que, así para el bien como para el mal, es una prudente regla práctica de mundo: utilizar las miserias de los unos, en provecho de los otros... Dí gracias á Dios, que se valia de la codicia de aquella mujer para salvar á un alma, y, aunque con algun trabajo, la salvé en efecto... A costa de su propia herencia, pudo aquel pobre infeliz comprar su entrada en el cielo...

Sancho se levantó conmovido: la repugnante conducta de aquella mujer le hizo avergonzarse de sus pensamientos, porque la deformidad que no descubre el hombre en sus propios actos, la suele ver patente al juzgar los de otros. Tendió ambas manos al Párroco, y dijo con honrada franqueza:

—Señor Cura; quizá tiene esa historia más parecido del que V. cree, con lo que al entrar por esa puerta venia yo pensando... Pero conste que, si á mi suegra le toca lo de los cariños funestos, ni á ella ni á sus hijos les corresponde lo de las esperanzas de herencia... ¿Me entiende usted, señor Cura?...

—Dios nos entiende á todos, señor D. Sancho;—contestó dignamente el Sacerdote, despidiéndole hasta la puerta.

Al dia siguiente doña Tula pegaba un brinco en la silla, y se azufraba su cara de Cotufa, al oir á una de sus criadas anunciar, delante de D. Benito, la visita del Párroco.

—¡Qué majadería!—exclamó impaciente y azorada. Que digan que no estoy en casa... que estoy ocupada...

—Dice que le precisa hablar á la señora cuanto ántes...

—¿Qué será?—dijo D. Benito, tambien alarmado.

—¡Cualquiera cosa!... ¡La Conferencia... los pobres... sacar dinero!—replicó doña Tula, aturrullándose más todavía. ¡Qué fastidio!... Dile que pase al gabinete... ¡No he visto hombre más pesado!...

—¿Pero por qué no le haces entrar aquí?—dijo D. Benito, con el deseo de enterarse.

—¡De ninguna manera!—exclamó fuera de sí doña Tula.

—Pero, mujer; ni que estuviéramos en tiempo de epidemia, y viniera de confesar apestados.

—No es que estemos en tiempo de epidemia, Beni... Es que no me gusta dar alas á esos señores: serán muy buenos y muy santos; pero si se les da el pié, se toman la mano... Que pase al gabinete, y yo bajaré en seguida...

Don Benito se encogió de hombros, y doña Tula, nerviosa y azorada, fué á recibir la visita del Párroco... Media hora larga duró la entrevista, y jamas supo nadie lo que en ella se habia tratado. Observóse tan sólo que doña Tula no volvió á acercarse nunca al confesonario del Párroco; que por dos dias consecutivos estuvo inquieta, nerviosa, sumida á ratos en una especie de grave preocupacion, como si se afanase y cavilara por conciliar los dos extremos opuestos de un difícil problema; y que, á la tercera noche, estando reunida toda la familia, y ella

algo más animada, manifestó de pronto, con un aire de naturalidad detestablemente fingida, un proyecto que habia concebido... Pensaba pedir al Arzobispo el privilegio de tener oratorio en casa, para que su Benito oyese allí cómodamente Misa; y más tarde, allá para Noche-Buena, pediria tambien licencia para celebrar la Misa del Gallo, y comulgar á media noche toda la familia.

—¡Todos juntitos!—decia, destilando almíbar. ¡Y tú tambien, Beni mio!... ¡Verás qué ceremonia tan tierna!

Don Benito hizo un gesto de displicencia.

—¡Vamos!—dijo doña Tula. ¡A que sale ahora éste con algun escrúpulo!...

—No son escrúpulos, ¡mujer!—replicó de mal humor D. Benito... Es que, con setenta años y un reuma, nadie se levanta á media noche para oir tocar la zambombita!...

Doña Tula se quedó desconcertada por un momento, y dijo al fin en tono muy devoto:

—Pero hijo mio, ¿no hemos de ofrecer algo al Niño Jesus?... Siquiera esa poquita de molestia...

Sancho escuchaba sin pestañear á su suegra, y, sacudiendo socarronamente la cabeza, dijo al fin entre dientes:

—¡Ta, ta, ta!... ¡Te veo besugo! ¡Valiente

apunte está doña Cotufa!... ¡Y que se vá á estar la muerte con las manos en los bolsillos, hasta que ella le haga una seña... cuando pase Noche Buena, y el viejo se trague el anzuelo!...

Y aquella misma noche, cuando, ántes de acostarse los dos jóvenes esposos, fueron á besar á sus hijos dormidos, como tenian de costumbre, Sancho detuvo á su mujer entre las dos camitas de los niños, y le dijo gravemente:

—Benita, te voy á pedir una cosa... Prométemelo por lo más sagrado que para ti haya... por la vida de estos angelitos... Que cuando me veas en el caso de tu padre, me has de avisar, por leve que sea el riesgo... Quiero morir como cristiano... quiero irme al cielo, contigo y con mis hijos...

Benita se echó á llorar, y ocultó el rostro en el pecho de su marido, diciendo de lo íntimo de su alma:

—¡Te lo juro, Sancho, te lo juro... y te pido á ti el mismo juramento!...

A Sancho se le saltaron las lágrimas; repitió en voz baja:—Te lo juro—y ambos esposos sellaron su pacto, besando las frentes de sus hijos, que dormidos sonreian.

Entónces tuvo Benita una de esas inspiraciones que dictan el amor y la piedad á la esposa amante y cristiana. Retuvo á Sancho inclinado

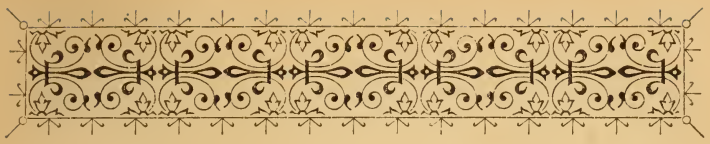
sobre el pecho del más pequeño de sus hijos, y, sonriendo entre sus lágrimas, le dijo:

—¿Y por qué hemos de esperar á la hora de la muerte?... Mañana mismo podíamos confesar los dos... Hace más de un año que tú no confiesas...

Y Sancho, dejando de ser el Sancho de un momento, para ser el Sancho de todos los dias, dió un cariñoso empujon á su mujer, diciendo:

—¡Mira con lo que sale ahora esta!...

Y comenzó á dar volteretas por el cuarto, con esa horrible veleidad con que muchos corazones sanos juegan temerariamente con la misericordia de Dios, tan sólo por *haraganería!*...



## VIII

EL *Angelus* sonó en la Catedral, pausado, tranquilo, sereno, como la oracion de un alma pura que eleva su voz por encima del tráfago y el bullicio de las ciudades. Hubo una pausa: una de esas pausas que hacen latir, sin saber por qué, todo corazon que no esté muerto; y cuantas campanas hay en X.** dejaron escapar luégo, de repente, un repique general, acorde, alegre, espontáneo, que esparció por el aire una verdadera cascada de notas vibrantes, sonoras, armoniosas, como si el júbilo de los ángeles bajase á regocijar la tierra: verdaderos *gritos metálicos* de alegría, que corrian de torre á torre, como las chispas de un incendio en un cañaveral seco, y se derramaban luégo por el aire,

para entrar en todos los hogares, y despertar en todos los corazones, el eco de aquellas santas palabras: *Tota pulchra es Maria, et macula originalis non est in te...*

Porque era aquella noche la víspera de la Inmaculada, y era aquel repique el preludio que anunciaba tan solemne fiesta. La gente discurria á bandadas por las calles, iluminadas todas con esa profusion y buen gusto que saben desplegar los andaluces en semejantes ocasiones: ostentaban las casas lujosas colgaduras, en que se veian, desde el artístico tapiz hasta la modesta percalina; desde el rico damasco hasta la humilde colcha de algodon labrado. Las tiendas de comercio, sobre todo, adornaban sus fachadas con ricas telas, y grandes cornisas y frontones formados por millares de luces de gas, que mareaban la vista al oscilar en las puntas de los mecheros, y esparcian sobre la movible muchedumbre una claridad pálida y vivísima, que hacia aun más densas las tinieblas en las bocacalles próximas, y aun más rojas y más tristes las luces de los candiles que alumbraban los puestecillos de buñuelos, turrones, avellanas y garbanzos, que jamas faltan en las fiestas populares andaluzas.

Tambien la casa de D. Benito se hallaba adornada con la severa elegancia que á tan

conspicuo personaje correspondia. Colgaduras de damasco carmesí cubrian todos los balcones y ventanas, y tres largas hileras de luces, encerradas en bombas de cristal que tenian la forma de tulipanes, guarnecian los tres pisos de la hermosa casa. En medio levantábase erguida la bandera consular de tres colores y cinco franjas, asomada al balcon del centro, como un pregonero encargado de recordar á los transeuntes la inviolabilidad y la vanidad del vice cónsul de Nicaragua.

Hallábase éste embutido en su poltrona, al calor de una estufa, rodeado, como siempre, de su mujer y sus hijos, que gustosos se reunian en torno suyo por las noches, para hacerle placentera la velada. Lorenzo repasaba entónces el correo de su padre, que solia llegar á aquella hora, y le leia despues en voz alta sus periódicos favoritos. Acabada la lectura rezaban todos el rosario, menos Lorenzo, que seguia leyendo otros periódicos, ó permanecia inmóvil y taciturno en el fondo de su butaca. Sancho llegaba del casino á última hora, y alegraba la tertulia con su alborotada conversacion, sus ocurrencias de niño, y sus mentiras estupendas. D. Benito, que tenia verdadera debilidad por su yerno, le veia entrar siempre gozoso, y doña Tula le miraba siempre con recelo, por tocarle

á ella las más de las veces servir de blanco á los chistes y burlas del yerno. Disimulaba sin embargo la buena señora, á trueque de distraer y divertir al pobre enfermo, y esperaba en silencio la hora de la venganza, con la fruicion verdaderamente mitológica de una Medea, no amante, sino suegra.

No necesitaba sin embargo D. Benito aquella noche de su yerno, para rebosar esa satisfaccion y contento que la vanidad halagada despierta siempre en las almas pequeñas, y rara vez en las grandes, á la manera que el fuego prende más fácilmente en las chozas que en los palacios... D. Benito habia tenido carta del ministro: carta del Excmo. Sr. D. Pedro Lopez, primer Marqués de Campo-Agarra!...

Llamábale su Excelencia *su distinguido amigo:* notificábale despues las próximas elecciones de diputados, revelándole, en el seno de la más íntima confianza, el nombre del candidato ministerial, para cuyo triunfo contaba el Gabinete con los poderosos esfuerzos de D. Benito y con su *omnímoda influencia* (frase del ministro), en todo el distrito. Y luégo, entre los sentimientos de *su más distinguida consideracion* que le ofrecia, *y las manifestaciones de su más alto respeto,* que le suplicaba aceptase, concluia su Excelencia, firmándose con una llaneza, que

conquistó por completo el corazon del vicecónsul de Nicaragua, *Lopez,* Lopez á secas... Lo mismo que hubieran hecho Colon ó Pizarro, Alba ó Cortés, Richelieu ó Turena...

La debilitada cabeza de D. Benito no pudo resistir el fuerte aroma de los halagos ministeriales: echóse á llorar de gratitud, de satisfaccion y de contento; y la vanidad, el pueril viento de la vanidad, barrió en un segundo del ánimo de aquel semicadáver, que sentia ya quebrarse el aire entre su cerviz y la guadaña de la muerte, todos esos amargos sentimientos de despecho y de impotencia, que agravan la cruz del enfermo, porque ahuyentan de su corazon la santa y dulce paciencia; todas esas negras ideas que embargan en la ociosidad su ánimo abatido, como un mar de inquietud que se desborda y crece y ahoga, y solia postrarle á él dias enteros, cabizbajo, inmóvil, mudo, con los ojos espantados y fijos, como si pesase sobre su conciencia un peso que no osara sacudir, y aplastara su corazon, como la roca infernal las espaldas de Sísifo... D. Benito olvidó la enfermedad, la eternidad y la muerte, para sentir tan sólo en toda su fatua puerilidad, ese primer movimiento del vanidoso halagado, que le lleva á buscar un público que admire su triunfo: leyó la carta á doña Tula, á sus hijos, y á todos

cuantos en aquel dia le visitaron; y porque un resto de razon alumbraba todavía aquella cabeza desquiciada por la congestion, no expuso al público la honrosísima carta, pendiente de la bandera de Nicaragua, con una notita ilustrativa, en que constase que aquel Lopez no era el Lopez zapatero del portal, ni el Lopez barbero de la esquina, ni el Lopez mozo del café próximo; sino el Lopez ministro de la Corona, el Lopez fundador de la dinastía de los Campo-Agarra.

Doña Tula no cabia en sí de gozo, al ver á D. Benito tan animado y satisfecho, y éste, poseido de ese bajo sentimiento de gratitud, que ata al lisonjeado al carro del lisonjero, y es el fin á que la artera adulacion dirige sus golpes, comenzó sin pérdida de tiempo, á trazar, con ayuda de Lorenzo, su plan de campaña, con un arte y una maestría, que revelaban muy á las claras su mucha experiencia y discrecion en añagazas electorales. Cartas, visitas, anotaciones, ruegos, amenazas, recompensas, promesas, y cuantos ardides pueden emplearse para cazar un voto, acudian con facilidad estupenda á la mente de D. Benito, al nombre de cada elector que Lorenzo inscribia en una lista; y desde el fondo de su poltrona tocaba en un segundo todos los resortes electorales del distrito, á la manera que allá en otro tiempo manejaba Feli-

pe II, desde un rincon del Escorial, los destinos del orbe entero.

A las diez entró Sancho: las señoras terminaban entónces el rosario, y D. Benito, que, absorto en sus planes electorales, habia dejado de rezarlo aquella noche, suspendia en aquel momento su tarea, diciendo satisfecho:

—Mañana continuaremos... El triunfo es seguro: cuestion de quince dias...

La conversacion se hizo entónces general, y D. Benito, alegre y animado como nunca, dirigia la palabra á su yerno, con la risueña cara del agente electoral, que se dispone á explotar un rico filon de votos. Poseia Sancho grandes propiedades, contaba con numerosos colonos, y podia influir por lo tanto en el ánimo de muchos electores. D. Benito comenzó á preparar el terreno, ponderando las grandes dotes del ilustre Campo-Agarra, con esa interesada generosidad con que concedemos todas las perfecciones humanas á la persona que nos alaba ú honra, como medio de realzar el elogio que de nosotros hace: porque es en alto grado exacta esta observacion que en alguna parte hemos leido.—Si X fuese=1, el elogio 10, valdria 10 por 1=10. Mas al suponer nosotros á X=100, el elogio crece y se multiplica: es 10 por 100 =1000.

Tambien las matemáticas tienen su aplicacion á las flaquezas humanas, y esta formulita da la clave de muchas reputaciones formadas por esos compadrazgos literarios y políticos, que pudieran muy bien llamarse *Sociedades de elogios mútuos*.

Mas Sancho, que no parecia muy dispuesto á secundar las miras políticas de su suegro, se limitó á contestar desdeñosamente:

—¡El Marqués de Campo-Agarra!... ¡Valiente peje!... Debian de hacerlo tambien Conde de Nada-Suelta...

Don Benito pareció no entender la malicia del nuevo título con que Sancho queria honrar á su ilustre amigo, y añadió gravemente, con el tono dogmático de sus mejores tiempos.

—¡Es una gran cabeza!... Lo veo llamado á fundar un nuevo partido conservador, que debemos sostener en conciencia todos los hombres de órden... ¿No te parece, Sancho?...

—No, señor;—replicó éste: lo que á mí me parece es que lo mismo muerde el perro que la perra; y que conservadores nuevos y viejos, fusionistas, izquierdistas, dinásticos y no dinásticos, toos son unos, toos son parientes... Esos nombres son nombres de pila: el apellido es uno solo... *¡Ladron,* y no de Guevara!

Y, como si quisiese conjurar la indignacion

de su suegro, Sancho cogió un periódico, y se puso á leer en el acto. D. Benito hizo un guiño á Lorenzo, que se preparaba á contestar incomodado, y le dijo por lo bajo:

—¡Déjalo!... ya lo cazaré yo... Le tengo seguro.

Quizá pensaba el taimado viejo en la famosa mejora del tercio y quinto, que en aquellos mismos dias habia preocupado tambien á Sancho. A poco comenzó éste á reir descompasadamente, dándose palmadas en el muslo.

—¡Toma, hombre, toma!—dijo, dando el periódico á Lorenzo. ¡Lee eso á tu padre, que es gracioso!...

Lorenzo tomó el periódico con una medio sonrisa de condescendencia, y leyó en la gacetilla:

«*Buen negocio.*—En el último choque de trenes ocurrido dias pasados en San Francisco de California, es digno de referirse el siguiente episodio curioso. Cierto Mr. Starbottle, muy conocido en Boston por sus contínuas reyertas con su suegra, acompañaba á ésta en un vagon de primera clase del tren descendente. Al chocar ambos trenes, la suegra quedó aplastada, y Mr. Starbottle ileso. Apenas repuesto del susto el honorable Starbottle, ha demandado á la empresa de ferro-carriles, pidiendo indemnizacion por la muerte de su suegra. Los tribunales han

otorgado su demanda, condenando á la Empresa á pagar cinco mil duros, por via de indemnizacion, al afortunado yerno. El negocio ha sido redondo, y segun *The Morning-Post,* que da la noticia, se nota desde entónces en la línea del Norte, gran movimiento de yernos, que sacan á viajar á sus suegras.»

Aún no habia terminado de leer Lorenzo, y ya estaba Sancho delante de doña Tula, ofreciéndole el brazo, con aquella gracia natural que le era propia, y diciéndole con vivas instancias:

—¡Mamita!... ¡Vámonos á California!... Véngase V., mamita; que se escapa el tren y pierdo cinco mil duros...

Don Benito se reia á carcajadas, y doña Tula, repudriéndose por dentro, decia mimosamente:

—¡Vamos, no seas chinchoso, Sancho!... Que ya la córte no paga bufones...

—¡Véngase V., mamita!—proseguia Sancho en tono suplicante; que papá Benito nos dará una cartita pa Nicaragua, y nos recibirán allí tocando un tanguito... ¡Vamos, mamita!... ¡Aunque no me den más que cinco mil reales, me quedo contento!...

—¡Que me dejes en paz!

—¡Vamos, mamita!... aunque sea de balde... ¡Con tal que el tren descarrile, hago con V. el viaje!...

Don Benito se reia tan de corazon, que su risa llegaba á ser convulsa; y viéndole doña Tula tan divertido, quiso prolongar la escena por su parte. Levantóse, pues, con gran viveza, y aceptando el brazo de Sancho, dijo alegremente:

—¡Pues vamos allá, yerno mio!... que si el tren descarrila, quizá me toquen á mí los cinco mil duros, y á ti te toque aplastarte!...

La risa convulsa de D. Benito se trocó de repente en tos, como si algo se le hubiese atorado. Lorenzo le miró inquieto, y vió que se amorataba su rostro, y se inyectaban en sangre sus ojos.

—¡Calla!—gritó á Sancho, que alborotaba por la sala, arrastrando á su suegra camino de California.

Todos callaron al punto: todos acudieron azorados... Jadeante D. Benito, echaba atras la cabeza, buscando un apoyo: doña Tula quiso desabrocharle el cuello de la camisa; mas el viejo la rechazó léjos de sí con vigor inconcebible... Hubo entónces un segundo de angustia, de suprema angustia, en que salia de aquellos labios lívidos un hervidero horrible, una especie de bramido sordo, que hacia pensar en el alma réproba que lucha á brazo partido, y se agarra en vano al desmoronado cuerpo, por no caer en manos de Dios vivo, que la llama á juicio, por

no caer en el hondo abismo de lo eterno, que reclama su presa... Cesó un momento el estertor, y aquella angustia infinita estalló al fin en dos palabras, que parecieron salir á fuera, saltar en el aire hechas pedazos...

—¡Ren...zo!... ¡Tes...ta...men...to!...

Torció luégo los ojos: el bramido se debilitó, como el aliento de un vencido, y su rostro quedó inmóvil y espantado, cual una mascarilla vaciada en el molde del terror...

Benita y su hermana corrieron fuera de la estancia dando gritos: Lorenzo y Sancho cogieron el cadáver y lo entraron en la alcoba... Allí estaba la cama descubierta ya, caliente y mullida, esperando á su dueño!...

Doña Tula quedó olvidada de todos en el gabinete, clavada en el asiento en que habia caido, como herida de un rayo, alelada, mema, viendo pasar ante sus ojos, sin darse cuenta de ello, los criados que entraban y salian, los médicos que llegaban presurosos, los amigos que acudian solícitos... Una sombra negra entró tambien precipitadamente en la alcoba, y volvió á salir á poco: era el Cura Párroco, D. Félix Sangüesa.

Doña Tula lo reconoció, y dió entónces una señal de vida: le castañetearon los dientes...

## IX

Las dos velas que ardian ante un crucifijo, sobre una consola, dejaban en la sombra el lecho, con las blancas cortinas corridas del todo, y arrolladas á la cabecera: sobre él se distinguia una figura larga y tiesa, que denunciaba las rigideces del cadáver, bajo la blanca sábana que la cubria. Ni un ruido, ni un suspiro se oia en la alcoba: sentado en un rincon estaba inmóvil Lorenzo, con el sello terrible que deja un dolor profundo sobre un organismo varonil y fuerte.

Oíanse por fuera pasos quedos de gente, que iba y venia con cierta temerosa precaucion, como si la muerte, entronizada en la alcoba,

impusiese á todos silencio con un dedo sobre los labios: á veces asomaba por entre las cortinas entreabiertas de la puerta, un rostro indiferente ó desconocido, que miraba hácia el muerto con esa curiosidad entre estúpida y medrosa, con que contempla el populacho los escombros de un incendio ya apagado, ó las víctimas de una catástrofe en que ya no hay peligro. En una de las piezas vecinas resonaban sordos martillazos: eran los agentes de la «Empresa funeraria,» que colgaban un salon de negro, y ponian en el centro el catafalco destinado á recibir el cadáver. Uno de ellos, con el cigarro detras de la oreja y la gorra puesta entró en la alcoba y se fué derecho á la cama. Lorenzo le detuvo por el brazo, con un movimiento de ira: el hombre le miró sorprendido, y dijo friamente:

—La caja...

Sacó luego un metro de medir, tomó la longitud del cuerpo sin descubrirlo, y se fué sin decir palabra... Lorenzo se puso á pasear de un lado á otro: su dolor tenia mucho de la rabia mezclada de sorpresa, que se apodera del caballo salvaje, al sentir por vez primera, sin poder defenderse, el duro aguijon del acicate. ¡Era aquella su primera pena!...

Una extraña pareja, de catadura siniestra, cortó á poco el paso á Lorenzo: eran una vieja

y un muchacho que traia un envoltorio. Sorprendiéronse al verle, y se miraron entre sí como turbados.

—¿Qué hay?—exclamó iracundo Lorenzo.

—Somos... veníamos... tartamudeó la vieja.

—A amortajar el difunto,—concluyó el muchacho con descaro.

Lorenzo sintió un movimiento de furor, que le hizo exclamar con voz de trueno:

—¡Fuera de aquí,—canalla!...

La vieja echó á correr: el muchacho se detuvo un momento, como para embestir á Lorenzo, y luégo se retiró lentamente, volviendo el rostro con aire de amenaza.

—¿A qué nos llaman entónces?—refunfuñaba.

Lorenzo salió de la alcoba en busca de su madre, y supo que ella y sus dos hijas se habian marchado á casa de Sancho. Una sonrisa de hiel entreabrió sus descoloridos labios: llamó á la vieja Manuela, su nodriza, y con ayuda de ésta, se puso á amortajar el cadáver de su padre. A las doce trajeron un ataud de zinc y otro de madera, forrado de terciopelo, con grandes franjas de oro. Lorenzo mismo acomodó el cadáver en el ataud de zinc, y lo vió soldar luégo, sin hacer un movimiento, ni pronunciar una palabra. Tenia el ataud en la tapa una ventani-

ta de cristal, que dejaba ver claramente el rostro del difunto.

Estaba el salon colgado de arriba abajo de bayeta negra, y porque era largo en demasía, habian tendido los paños de un testero á dos metros de la pared, para acortarlo, amontonando en aquel escondite los muebles, cuadros y espejos que ántes decoraban la estancia. Levantábase el catafalco en el centro, cubierto de terciopelo negro, y rodeado de grandes blandones y candeleros dorados, con gruesos cirios encendidos: en el fondo habia un altar cubierto tambien de terciopelo negro, y encima un gran crucifijo con velas amarillas en torno.

Lorenzo se sentó al pié del catafalco, que dispuesto en declive le dejaba ver frente á frente, y á traves del cristal del ataud, el rostro terrizo del cadáver... ¡Aquello era todo lo que le quedaba de su padre! de su padre, que habia sido la pasion de su vida, el único amor que llenaba su alma!... Una paletada de carne que comenzaba á descomponerse, y que ni aun conservaba en su rostro esa imponente serenidad que suele revestir las facciones de los muertos: porque la expresion de espanto que retrató al morir no habia desaparecido, y mientras uno de sus ojos se cerraba contraido y apretado como la cicatriz de una puñalada, se mantenia el otro

entreabierto, como haciendo al que lo miraba un guiño horripilante.

Lorenzo cerró los ojos, porque al movimiento de furor que ántes le dominaba, sucedia entónces una angustia inmensa, que le anegaba el alma, y la hacía replegarse en sí misma, buscando consuelo en lo que creia y esperaba... Pero el sabio matemático, el brillante alumno de la escuela de ingenieros,—pues ingeniero era Lorenzo—no tenia fe, ni tenia esperanza: habia caido tiempos atras en esa especie de libertinaje intelectual, á que arrastra el estudio exclusivo de las ciencias exactas, á muchos entendimientos, que, acostumbrados siempre á examinar, pierden la costumbre de creer, y se desdeñan de dar ese último paso de la razon, difícil porque es humillante, que consiste en comprender que hay muchas cosas que la sobrepujan. El orgullo, era, pues, en el grave, en el estudioso Lorenzo, ese algo interesado ó apasionado, que explica siempre en la vida íntima del escéptico, el secreto de su escepticismo. Lo que no entiendo, lo que no abarco, lo que no domino, imposible es que exista ni que sea: esta era la filosofía del matemático acostumbrado á despejar incógnitas.

Y como no podia despejar la incógnita de la muerte, por eso era para él, un hombre que moria, un monton de tierra que volvia á la tier-

ra, sin dejar huella ninguna... Mas cuando le tocó á su padre convertirse en aquel monton de tierra que volvia á la tierra, cuando creyó que ya no quedaba de él sino un puñado de gusanos en gérmen, sintió en todo su horror, en todo su desconsuelo, el espantoso vacío que sus teorías dejaban en el alma: recorriólas todas con el ansia con que se recorren los desiertos de la Libia buscando un sorbo de agua, y no encontrándolo, comprendió por primera vez que si la fe católica no fuese el fundamento de todas las virtudes, seria el mayor de todos los consuelos, el único que en aquellos momentos podia confortar su alma... Quiso entónces creer como recurso, y Dios, en su piedad, no tardó en salirle al encuentro.

Sintió, pues, el infeliz que se ahogaba en aquella angustia cruel, y le pareció al mismo tiempo que se ahogaba tambien en la pesada atmósfera que iba creando en la estancia el tufo de las hachas encendidas. Levantóse bruscamente, y abrió de par en par una ventana: entró á bocanadas el viento de la noche, y oyóse distintamente la voz de un sereno, que cantaba las dos, anteponiendo aquella fórmula piadosa que se acostumbra en Andalucía.

—¡Ave María Purísima!

Aquella breve jaculatoria trajo á la memoria

de Lorenzo la fiesta que se celebraba, la alegría de la víspera, la idea de aquella Vírgen sin mancilla, que se presenta siempre al hombre como la imágen más acabada de la misericordia, la misericordia materna, dulce, activa, extensa, profunda, ilimitada, abarcando en su amor de madre á agradecidos y á ingratos, como al mundo entero lo abarca el firmamento... Lorenzo apoyó la frente en el borde del catafalco, y recitó una y otra vez las oraciones que sabia... ¡Cosa rara! aquellas mismas oraciones que tantas veces habia encontrado vulgares, rutinarias y vacías de sentido, le parecieron ahora, á la luz del infortunio, llenas de profundos conceptos, de grandes significados, que hasta entónces no habia descubierto.

Cuando Lorenzo levantó la cabeza, porque la vieja Manuela le sacudió por el brazo creyéndole dormido, ya amanecia... Instóle en vano la vieja á que fuera á descansar. Lorenzo se negó obstinadamente, pidiendo tan sólo que le trajesen allí mismo una taza de caldo. A las cuatro de la tarde, cuando los amigos y conocidos que acudian á la conduccion del cadáver comenzaron á invadir toda la casa, todavía estaba Lorenzo al pié del catafalco. Una sola vez se habia levantado: cuando, por órden de doña Tula, entraron los de la «Empresa funeraria,»

á cubrir el ataud con la bandera de Nicaragua, á guisa de paño fúnebre, y á colocar encima el antiguo baston de alcalde, y la gran banda de Isabel la Católica, sin estrenar todavía... Lorenzo lo arrojó todo en un rincon, con un movimiento de rabia: parecíale aquello, como si quisiesen cubrir con un gorro de arlequin, el rostro podrido del muerto.

Varios caballeros enlutados comenzaron á entrar en la misma cámara mortuoria, y Lorenzo se refugió entónces detras de los paños, entre los muebles amontonados. Inclinábanse ante el catafalco algunos de aquellos señores, murmuraban una oracion, y salian luégo hablando de cosas indiferentes. Limitábanse otros á mirarlo todo con curiosidad, y volvian despues la espalda con ese—¿qué se me da á mí?—que se trasluce siempre á través de los duelos oficiales: por dos veces oyó reir muy bajito, y parecióle una de ellas que provocaba aquella risa la bandera de Nicaragua, olvidada en un rincon detrás del catafalco... A poco un rumor de pasos numerosos se fué acercando lentamente: era el clero que llegaba á recoger el cadáver. Lorenzo se encogió, como hace el hombre ante el golpe que le amaga, y un temblor nervioso se apoderó de sus manos: sentóse en el brazo de una butaca, y se puso maquinalmente á enfilar so-

bre el marco de un cuadro puesto en el suelo, las lindas figurillas de ajedrez que habia en una caja. El clero entonó el *De profundis,* el cántico de la muerte, sublime en su monotonía, porque resuena en los oidos con aquella misma monotonía que despierta en la mente la idea de lo eterno, que no ha empezado, ni transcurre, ni termina, ni tampoco cambia... Lorenzo escuchaba sin perder una nota, pulverizando entre sus dedos, sin notarlo, las figuritas de marfil de la caja: oyó el leve ruido del agua bendita que arrojaban sobre el ataud, y el rumor de las sotanas que se ponian en movimiento... Oyó á poco otro ruido, algo estridente, como el de un gran peso que arrastrasen por un plano: en seguida la respiracion fatigosa de varios hombres al hacer un poderoso esfuerzo: luégo unos pasos tardos, acompasados, que se clavaban en la negra bayeta del suelo, como sosteniendo una pesada carga: despues todo quedó en silencio... Lorenzo asomó la cabeza: el catafalco estaba vacío: tambien la estancia lo estaba... Entónces comprendió que ni aun la paletada de carne podrida le quedaba ya de su padre, y el dolor, el verdadero dolor, que penetra los huesos y parece separarlos de la carne; el dolor varonil, que aprieta los labios y oprime el corazon y hace jadear el pecho, se desbordó por todo su

ser, envolviéndolo por completo en su amargo vértigo, sin paliativos, ni mezcla de otras pasiones que al dividirlo lo mitigasen... Corrió desatinado por las galerías, asomóse á un balconcillo que daba al patio, y logró ver aún, allá á lo léjos, entre cuatro hombres, saliendo para siempre por el arco de la escalera, el ataud de su padre... Sancho, que lo vió correr y le seguia, le estrechó entre sus brazos, como temeroso de que se arrojase al patio: mas él tendia hacia allí los puños apretados, y exclamaba, rechinando los dientes:

—¡Se lo llevan!... ¡ay!... ¡¡se lo llevan!!

Ocultó despues el rostro en el seno de Sancho, y ya no pronunció palabra. Dejóse llevar sin resistencia á su alcoba, y como á un niño enfermo, le desnudaron para acostarle. Sancho le acompañó hasta el anochecer, y se despidió á esta hora. Entónces le detuvo Lorenzo por un brazo, y le dijo muy bajo:

—Sancho... ¿tienes un rosario?...

Sancho se quedó parado un momento: apoyó su mano que temblaba en la cabeza de su cuñado, y dijo en el mismo tono:

—No... espera...

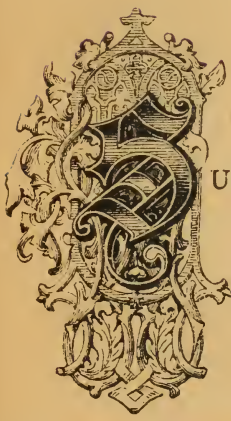
Y fué corriendo á las habitaciones de su cuñada, abrió cajones, destrozó cajas, deshizo paquetes, vació bolsillos, y encontró al fin en el

rincon de una cómoda, un rosario de nácar. Volvió corriendo á la alcoba de Lorenzo, y se lo arrojó sobre la cama diciendo:

—Toma...

Salióse luégo apresuradamente, y al verse solo en la habitacion vecina, apoyó la cabeza contra un quicio, y rompió á llorar como un chiquillo ..

## X



SUCEDE á veces con ciertas impresiones, lo que con algunas pinturas: que es necesario mirarlas á cierta distancia para conocer todo su mérito.

A los tres dias de enterrado D. Benito, cuando, disipada ya esa nube de enlutados amigos, que rodea en semejantes ocasiones á los dolientes, para acompañarlos, consolarlos, y aburrirlos las más de las veces, se instalaron de nuevo en su casa doña Tula y sus hijos, y volvió á recobrar su vida el curso ordinario, fué cuando sintieron en toda su extension el inmenso vacío que aquella pérdida dejaba en sus almas. En los primeros instantes del dolor,

se reflexiona poco: el golpe es rudo y violento, y produce en el alma una verdadera convulsion, como el contacto de un boton de fuego la produce en el cuerpo. Pero más tarde, cuando *se enfria la herida*, tórnase en un estado habitual, ménos soportable y más peligroso que aquella impresion primera, porque encierra al hombre en un círculo de tristes ideas, que giran sin cesar con horrible pausa, como encargadas de quemarlo á fuego lento. ¡Entónces es cuando encanecen los cabellos y salen arrugas en la frente!...

Aquellas largas horas empleadas en el cuidado del enfermo, que ya resultaban ociosas; aquellos objetos de su uso ya inútiles, aquellos lugares de su agrado ya vacíos, eran el combustible que alimentaba en doña Tula y sus hijos esa peligrosa idea fija, primer escalon por donde se baja á la locura, porque no permite á la sucesion de los objetos las diversas impresiones que debieran de causarnos. Así lo comprendió Lorenzo, y procuraba distraerse á la fuerza, poniendo en órden los negocios de su padre. En ninguna parte se habia encontrado el testamento de don Benito, y este descuido explicó entónces á los ojos de todos aquella última y angustiosa palabra del pobre viejo—¡Testamento!—á que nadie habia dado ántes la menor importancia.

—¡Pobrecito mio!... ¡Hijo de mi vida!—exclamaba doña Tula, discurriendo sobre aquello hecha un mar de lágrimas. ¡Hasta la última hora fuimos nosotros su pensamiento!... ¡El cuidado de nuestro bien, su última palabra!... ¡Hijo mio!... ¡Alma mia!... ¡No habia padre como él!... ¡Ningun marido le igualaba!... ¡Era un santo!... ¡Era un santo!...

De acuerdo todos los de la familia decidieron al fin hacer un inventario de los cuantiosos bienes de D. Benito, para encargar las particiones al abogado de la casa. Una tarde, despues de comer, Lorenzo bajó al despacho de su padre, donde no entraba desde el dia de Todos los Santos, fecha fatal del primer ataque... Todo lo encontró como lo habia visto la vez postrera; ordenado, inmóvil, con esa cruel inercia de las cosas, extraña á veces, porque nos parece descubrir en ellas cierta especie de vida paradójica, de vida paralizada. Allí estaban en el fondo los dos grandes estantes de caoba, en que se guardaban los papeles de familia: á la izquierda la caja de hierro de secretos mecanismos que ocultaba y defendia doradas entrañas: en medio la pesada mesa de dobles cajones, y el gran sillon giratorio, trípode en que tantas veces dogmatizó D. Benito: en frente, sobre un sofá de gutapercha, el cuadro con las armas de

Nicaragua, exótica planta heráldica, que jamas consiguió entre aquellos muros enardecer el entusiasmo de ningun compatriota. Sobre la mesa encontró todavía Lorenzo el atento B. L. M. en que invitaba el Gobernador á don Benito, para el frustrado banquete de Todos los Santos: dentro de la cartera una carta sin concluir, fechada aquel mismo dia, en que don Benito encargaba á un D. Narciso Perez, residente en Madrid, tres cajas de mazapan de Toledo para regalo de Pascua; y en otro rincon de la mesa, sujetas con un pequeño busto de Voltaire, tallado en una piedra de la Basti lla, y traido por Lorenzo de París para su padre, las mismas listas electorales, que veinte minutos ántes de su muerte dictaba D. Benito á su hijo, con la segura esperanza de haber triunfado en aquel negocio ántes de quince dias!...

Un suspiro con tintes de sollozo, uno de esos suspiros que amargan al salir hasta el paladar mismo, se escapó del pecho de Lorenzo: arrojó todos aquellos papeles hechos pedazos en la cesta labrada que habia junto á la mesa para recibirlos, y se puso á examinar los documentos encerrados en ambos estantes: eran en su mayor parte escrituras de préstamos é hipotecas, y títulos de propiedad de diversas fincas. En un rincon encontró los autos de un pleito

seguido contra su padre por los herederos directos de aquel tio millonario, que habia instituido á D. Benito su universal heredero. Lorenzo recordaba haber oido hablar en su niñez de aquel pleito, y de la miseria en que quedó la parte contraria, una viuda con cuatro hijos, al pronunciarse la sentencia en favor de D. Benito. Un movimiento de curiosidad le impulsó á recorrer el voluminoso protocolo: en un legajo aparte, encontró á lo último el testamento original del tio millonario, D. Cayetano Morales. Aquel documento podia simplificar en gran manera el trabajo del inventario, por encontrarse enumerados y apreciados en él la mayor parte de los bienes de D. Benito. Lorenzo se puso á leerlo detenidamente, y á anotar lo que le parecia importante: la tarde comenzaba á declinar, y los pesados cortinones de reps verde, que medio cubrian las dos ventanas del despacho, hacian la luz aún más escasa. Aproximóse entónces á una de las dos ventanas, que daban al espacioso jardin, y prosiguió su trabajo; á poco, vino á distraer su atencion el ruido de una puerta que se abria sigilosamente en el jardin, cerca de una glorieta circular con asientos de azulejos. Asomó por ella poco á poco la cabeza de Sancho, examinando con cierta precaucion todas las avenidas: aventuróse al fin á en-

trar en la glorieta, y entónces pudo notar Lorenzo, bajo su abotonado *paletot*, un bulto algo voluminoso, que se movia por sí solo como si tuviese vida. Tras él venian sus dos hijos, Sanchillo y Benitin, con sus blusitas de riguroso luto, sus botitas altas, sus calcetines negros, y las pantorrillas al aire. Benitin se agarraba á los faldones de su padre: Sanchillo venia detras chupándose dos dedos al mismo tiempo, y en ambos se notaba ese aire entre azorado y picaresco, propio de los chiquillos cuando maquinan algo. Sancho se sentó en uno de los bancos de la glorieta; los chiquillos se pusieron en cuclillas á su lado, apoyando las manitas en las piernas de su padre: entónces sacó éste de debajo del *paletot* el bulto misterioso... Era un gato: el gato favorito de Lolita, en que tenia puesta ella toda esa exuberancia de ternura y de cariño, que rebosa el corazon de la solterona á los treinta y ocho años. La víctima protestaba enérgicamente contra aquel atropello de los derechos felinos: mas Sancho la oprimia sin piedad entre sus rodillas, sin dejarle esperanza de escape. Sacó entónces del bolsillo dos nueces, y comenzó la delicada tarea de dividirlas por en medio con un cortaplumas, vaciarlas por completo y dejar los cuatro cascos del todo vacíos, como otros tantos pequeños bar-

quichuelos: colocó despues cada uno de estos en una de las patitas del gato, y dejó caer al fin al animalito sobre el pavimento de la glorieta, embaldosado con pequeños ladrillos rojos y blancos. El gato no se encontró tan á sus anchas como su antecesor Marramaquiz, el gran caudillo, cuando

Aviso tuvo cierto de Maulero
(Un gato de la Mancha su escudero)
Que al sol salia Zapaquilda hermosa,
Cual suele amanecer purpúrea rosa.

Léjos de eso comenzó á dar frenéticos saltos, azorado por el ruido que sus improvisados chapines producian: reíanse los chiquillos con esa risa de la infancia espontánea y comunicativa, como el gorjeo de los pájaros cuando se saludan al alba. En vano Sancho les imponia silencio, temeroso de que el atentado se descubriese: los chiquillos se reian cada vez más alto, y echaron á correr detras del gato, por una calle que iba á parar perpendicularmente al pié de la ventana en que se hallaba Lorenzo. Este, al verlos llegar, se sonrió por primera vez despues de la muerte de su padre; temió aguarles su contento si le descubrian en la ventana, y en vez de retirarse, interpuso ligeramente entre su rostro y el cristal, la última hoja del testamento. En ella estaba la firma del

testador, Cayetano Morales, y por debajo la fecha, nueve de enero de 1846. Lorenzo miraba maquinalmente aquel nombre, escrito con esos caractéres gordos y redondos, propios de las personas toscas, no acostumbradas á manejar la pluma: vió entónces destacarse al trasluz, por detras de la firma, los claros contornos de la marca del papel, con el nombre del fabricante y la fecha de la fabricacion, 1850... Al pronto no cayó Lorenzo en la contradiccion horrible que aquellas dos fechas encerraban: imposible era escribir un documento en 1846, sobre un papel fabricado cuatro años despues, en 1850...

Mas de repente, un rayo de luz alumbró su entendimiento, y de súbito, de un golpe, sin ningun acto reflejo, vió clara como la luz la solucion del problema... Comprendió que el testamento era falso, que el cabito suelto que deja siempre en todo crímen la Providencia divina, era la contradiccion de aquellas dos fechas; que su padre era un falsificador, que era un ladron, y que aquel angustioso grito que se le escapó al morir unido á su nombre, era la confesion de su crímen, el brote de un tardío arrepentimiento, la herencia de vergüenza y de ignominia que á él mismo le dejaba (1).

(1) Este hecho es histórico, con la sola diferencia de ser una escritura, y no un testamento, el documento de que se trataba. Refieren

El golpe fué atroz... Y ántes que ningun otro sentimiento, ó dominando más bien á todos ellos, levantóse en lo más hondo de su pecho un impulso de odio feroz, de rabia implacable contra su madre; contra la cariñosísima esposa, que habia precipitado en el infierno al mísero anciano, impidiéndole, cuanso él lo deseaba, confesar su crímen y remediar su injusticia... ¡Ah! ¡cuando Lorenzo comenzaba á creer, cuando renacia su fe, ofreciéndole dulces consuelos, venia aquella misma fe recuperada á ponerle delante la suerte horrible de un alma réproba, que hubiera querido rescatar él á costa de su propia sangre!... ¡Entónces quiso refugiarse de nuevo en la impiedad, siquiera en la duda, en la incertidumbre al ménos, no tan desconsoladora á sus ojos, por participar en algo de la esperanza! Pero por un extraño fenómeno que despertaba su ira, su débil fe se fortalecia en aquel tormento, y creia á la fuerza, creia sin querer creer, en aquel infierno, que se le representaba en la imaginacion con los colores horriblemente sublimes de la paleta de Dante...

---

tambien algunos historiadores, que por un descuido semejante se descubrió la falsificacion de una carta, atribuida por los ministros de Cárlos III á un jesuita italiano. Pio VI, entónces simple prelado, fué quien, al decir de estos historiadores, conoció la impostura. Al reimprimirse estas páginas, un hecho semejante figura tambien en el proceso de Mr. Wilson, yerno del Presidente de la República Francesa Mr. Grèvy.

Lorenzo bramó de desesperacion, y pateando por el despacho rugia mesándose el cabello.

—¡Imposible!... ¡Imposible!...

Lanzóse al fin á la calle, y á las doce de la noche, aun no habia vuelto á su casa. Alarmada doña Tula envió recados á varias partes, en busca de su hijo; mas en ninguna pudieron encontrarle. Allá muy tarde, cerca de la una, entró al fin Lorenzo taciturno y sombrío, mas no desesperado: entróse en su alcoba sin responder á las preguntas de su madre, y se encerró por dentro...

Súpose despues, por una singular coincidencia, que habia estado aquella noche tres horas largas en casa de un famoso misionero, que predicaba á la sazon en la ciudad los sermones del Adviento.

## XI

los nueve dias de muerto D. Benito, doña Tula hizo celebrar en una Iglesia lejana solemnes exequias por el descanso eterno del difunto. Algunos manifestaron su extrañeza, de que tan pomposos funerales no se celebrasen en la Parroquia misma. Mas doña Tula, con los ojos bajos y el afligido continente que á su dolor correspondia, contestó con sus blandos arrullos de tórtola viuda.

--Pues es muy sencillo... Ese señor Cura es muy bueno, muy celoso... ¡Pero tan ordinario!... tan entrometido... tan aficionado á imponer su voluntad, que me gusta tenerlo siempre á cierta distancia... Beni no lo miraba bien por eso; y yo me he de guiar siempre por lo que pensaba

aquel pobrecito mio... Quiero que su gusto se cumpla... Que su voluntad se respete en todo...

Aquí se enterneció nuevamente la esposa modelo, y para consolarla los amigos entonaron el coro oficial de alabanzas del difunto. Doña Tula, enjugándose los ojos, repetia su acostumbrado estribillo.

—¡Era un santo!... ¡Era un santo!...

El concertante resultaba patético: sólo Lorenzo desafinaba un poco. Miraba de soslayo á su madre, y se sonreia amargamente...

# EL CAZADOR DE VENADOS

# ADVERTENCIA

PUBLICÓSE este artículo por vez primera, en EL MENSAJERO de marzo de 1887, y fué reproducido por *El Tiempo* de Méjico, en 27 del mismo mes y año. A los cinco dias de su reproduccion (2 de abril), insertaba dicho periódico la siguiente carta del Ilmo. Sr. Arzobispo de Michoacan, que nos apresuramos á copiar en este libro, como testimonio el más fidedigno de la veracidad de nuestra narracion. Decia *El Tiempo:*

«El Ilmo. Sr. Arzobispo de Michoacan, se ha dignado honrarnos con la siguiente carta que publicamos, por lo que en ella dice el Ilmo. Prelado, acerca del precioso artículo del P. Coloma, titulado *El Cazador de Venados*, que dimos á luz en *El Tiempo* el domingo anterior.

Dice así la carta:

Correspondencia particular del Arzobispo de Michoacan.

*Morelia, 29 de marzo de 1887.*

Sr. Lic. D. Victoriano Agüeros.

MÉXICO.

Señor de mi particular atencion: Por el último

correo recibí, con su atenta carta á que me refiero, el núm. 1079 del *Tiempo,* en que he leido con gusto el artículo titulado *El cazador de venados.*

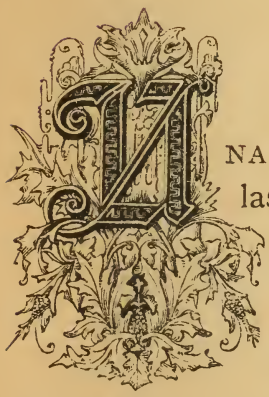
El hecho que allí se refiere y sirve de fondo, es enteramente *histórico,* es verdadero en todo, y sólo se padeció un equívoco en cuanto al lugar en donde se verificó, porque no fué en *Huetamo* sino en la *Huacana;* pero por lo demas, no hay que cambiar ni un *punto,* y muchas personas saben ya esa historia, porque yo mismo se las he referido, con singular complacencia; y lo he hecho con tanto mayor empeño, cuanto que yo veia en esto un motivo de edificacion para todos.

Me permito llamar su atencion, sobre una errata de imprenta que creo hay en la línea sesenta y seis, en donde se dice: es necesario *constituir*, etc., y creo que debe ser *sustituir*, etc.

Muy agradecido por su exquisita atencion, me suscribo de V. afectisimo S. y Capellan.—José Ignacio, *Arzobispo de Michoacan.*»

Obedeciendo nosotros á la correccion indicada por el Ilmo. Sr. Arzobispo en su carta, hemos sustituido con el nombre de *Huacana,* el de *Huetamo* que pusimos equivocadamente, por haberlo hallado así en nuestros apuntes.

# I



UNA de las grandes enseñanzas que las Sagradas Escrituras encierran es presentar á la divina Providencia obrando siempre de una manera visible y por eso maravillosa, así en los grandes como en los pequeños sucesos de la vida del hombre. Dios sólo es el que se presenta sin disfraz ni velo alguno en las historias que refieren esos sublimes anales del poder divino: el hombre no entra en ellas sino como débil instrumento, que, sin perder nunca su libre albedrío, maneja una sabiduría infinita para conseguir fines adorables. Dios es el que se ve triunfar en las batallas, arrasar ciudades, derribar tronos, destruir imperios: los reyes son en su

mano varas de furor con que azota á otros reyes; los pueblos, calamidades con que castiga á otros pueblos; los elementos, ministros de su justicia, que á una señal suya devastan el universo. Vésele, por el contrario, otras veces sostener la cunita de un niño que sobrenada en las aguas; poner una ramita de oliva en el pico de una paloma que vuelve al arca; dirigir el vuelo de una golondrina que ha de cegar á un hombre justo; impulsar la piedra de un pastorcillo que reserva para rey de su pueblo. Y en este conjunto de grandes hechosy pequeños accidentes, de inmensas catástrofes é insignificantes acontecimientos, descubre el hombre las vías admirables que una sabiduría infinita une y entrelaza con prevision omnipotente: ve cara á cara, y, por decirlo así, ante sus ojos, la bondad santa con que Dios dirige los sucesos para el bien de sus hijos; y á la sombra de este amor sin límites, y bajo el amparo de este poder sin medida, se duerme tranquilo, como el niño á quien custodian en su cuna la ternura de una madre, y la fortaleza de un padre.

Y no es esta enseñanza una enseñanza teórica, sin aplicacion práctica en la época presente: cierto que pasó aquella edad de los Patriarcas y Profetas, que conversaban familiarmente con Dios, y recibian sus órdenes por medio de men-

sajeros celestes y señales prodigiosas. Mas la verdad es más antigua que el tiempo, y no está sujeta ni á la vejez ni á la muerte: los tiempos han variado, los hombres, son ya otros; pero Dios permanece siempre el mismo, y plácele á veces rasgar la cortina que lo encubre, para demostrar á los hombres con hechos maravillosos, que la misma mano omnipotente que regía al descubierto los sucesos y catástrofes de los tiempos bíblicos, es la que sigue rigiendo velada y como disfrazada, así los pequeños sucesos como las grandes catástrofes contemporáneas; que la misma solicitud paternal que colocaba el sustento al alcance de los Israelitas en el desierto, lo coloca hoy en manos del desvalido que pone en él su confianza; que lo mismo hoy, que ayer y que mañana, es necesario sustituir en todos los idiomas la palabra pagana *Casualidad*, con la mil veces bendita de *Providencia*.

Uno de estos hechos vamos á narrar á nuestros lectores, con la misma exactitud con que nos fué referido por un Misionero de la Compañía, que lo recogió á su vez de los mismos labios del Ilmo. Sr. D. José Ignacio Arciga, Arzobispo de Michoacan, primer descubridor de este prodigio.

## II

En aquella abrasadora zona que con el nombre de *Tierra-caliente* atraviesa á Méjico de O. á P., hay un pueblo llamado Huacana, distante unas sesenta leguas de Morelia, capital de Michoacan. Tiene Huacana á lo sumo cinco mil habitantes, y es, sin embargo, en aquella comarca, la ménos poblada de Méjico, capital de todos los pueblos y rancherías de veinte leguas á la redonda. Multitud de alimañas, que un calor de treinta grados, áun en invierno, multiplica asombrosamente; calenturas constantes, fiebre amarilla, y otras enfermedades indígenas como *el buche* y la *quirigua*, alejan á los hombres de aquella grandiosa comarca, rica

cual ninguna, como de un paraíso inficionado, en que no les es dado habitar. La flora y la fauna son en ella exuberantes en grandiosidad y belleza: rios caudalosos la cruzan; bosques enteros de palmeras, plátanos y árboles frutales la cubren, alternando con espesas selvas de maderas preciosas, entre las que abunda sobre todo el rico palo de tinte. Allí se encuentran esas aves de bellísimo plumaje, que se disputan la ciencia y la moda, la una para sus gabinetes, y la otra para sus caprichos; allí se encuentra igualmente caza de todo género, desde la liebre hasta el leopardo; desde el venado, abundante en extremo, hasta el yaguareté ó gran pantera americana, de manchada piel y ferocidad solapada y astuta. Y en medio de aquel ostentoso lujo de la naturaleza, escondidas en las entrañas de aquella tierra inhospitalaria, cual si malignos gnomos las hubiesen sepultado allí para burlarse de la codicia humana, encuéntranse tambien ricas minas de hierro, de cobre, de plata... que ni áun las largas uñas de Jonathan, el gran farsante republicano, han podido desenterrar.

La ociosidad, que fomentan y disculpan la feracidad del suelo y lo caluroso del clima, es el vicio general de aquellos pobres indígenas, descendientes en su mayor parte de antiguos

colonos andaluces y extremeños. No son, sin embargo, astutos, como la mayor parte de los pueblos indolentes, cuya dulzura habitual les sirve para disimular, cuando es necesario, hasta la misma cólera. Son, por el contrario, sencillos, hospitalarios, generosos y tan valientes y aguerridos cuando se irritan y riñen, que no son más temibles las garras de los yaguaretés de sus bosques, que el afiladísimo machete, ó especie de alfange morisco, que manejan en sus peleas con sin igual destreza. Jugar el machete como ninguno, es, segun su frase, la mayor gloria á que aspiran aquellos infelices; y cuando en los sangrientos combates en que se disputan esta palma, es sólo un brazo el que cae á la violencia de un tajo, suelen decir los testigos con la mayor frescura, mirándose entre sí con aire chasqueado:

—¡Ah, compá... que tarugá le erró!...

A fines de 1868 llegó á la Parroquia de San Juan de Huacaa el Arzobispo de Michoacan, Ilmo. Sr. D. José Ignacio Arciga: visitaba el Prelado por primera vez aquella parte de su diócesis, y el entusiasmo con que fué recibido por aquella pobre gente rayaba en delirio. A bandadas bajaban hombres y mujeres de los montes; salian de entre las breñas á pié y á caballo, y con una alegre algazara, que tenia mu-

cho de infantil y no poco de conmovedora, corrian á saludar al Arzobispo, ofreciéndole cada cual, segun su costumbre, algun presente de valor exorbitante para su mucha pobreza.

—Por ahí le truje á su mercé una mancuerna de vaquillas...

—Y yo le truje una yunta de toros,—decia otro.

—Y yo una potranca novata,—añadia un tercero.

A todos recibia el Arzobispo con afecto de padre, admirando aquella espontánea generosidad, prueba convincente de que la gratitud y el cariño jamas se encierran en el corazon ni se limitan á hueca palabrería; sino que, como el saltadero del agua, tienden á brotar en raudal puro y fecundo, y á manifestarse con la elocuencia de los hechos, áun á costa de grandes sacrificios. Porque grandes sacrificios representaban, en efecto, los modestos dones que aquella pobre gente presentaba á su Prelado, y que éste no se atrevia á aceptar por compasion á tanta pobreza, ni á rechazar tampoco por respeto á tanta generosidad: que harto comprendia su superior espíritu, que el modo más delicado de agradecer un obsequio sincero, es aceptarlo sinceramente. Determinó al cabo no recibir aquellos dones que tantas privaciones representaban, y

para que no atribuyesen á desaire su negativa, pidióles en cambio algunas frutas del país: viéronse entónces llegar en tal abundancia las cargas de cocos, naranjas, sandías y frutas de todas clases, que no bastaba para contenerlas un vasto aposento que se designó al efecto.

Hallábase un dia el Arzobispo en el confesonario, segun solia hacer en sus visitas, para administrar el Sacramento de la Penitencia á los adultos que habian de recibir luégo el de la Confirmacion. Entre la multitud de penitentes que le circuia, vió á lo léjos un pobre tullido, que pacientemente esperaba su turno: llamóle al punto el Prelado para ahorrarle las molestias de tan larga espera, y comenzó á interrogarle, como tenia de costumbre, á causa de la suma ignorancia de la doctrina cristiana en que yace sumida aquella pobre gente, por razon de la grande escasez de clero en toda la comarca.

—¿De dónde eres?—le preguntó el Arzobispo.

—Padrecito,—contestó el tullido, con ese mimoso lujo de diminutivos propio de los americanos: de un monte que dista de aquí más de quince leguas.

—¿Y cómo has venido?

—Atravesado en un mulo, Padrecito.

—¿Qué estado tienes?

—Viudo, Padrecito; con dos hijitas ya casaderas.

—¿Y cuál es tu oficio?

—Cazador, Padrecito.

—¡Cazador, tú!—exclamó el Arzobispo estupefacto, sin poder contener la risa.

—Sí, Padrecito,—respondió muy formal el tullido.

—¿Pero qué es lo que cazas?...

—Cazo venados, Padrecito.

—¿Venados?... ¡Vamos, hombre; eso no puede ser!—replicó el Arzobispo entre risueño y enojado, por creer que se las habia con un tonto ó con un pícaro.

Mas sus dudas se desvanecieron y la curiosidad más viva se apoderó de su ánimo, al ver que, encogiéndose de hombros el tullido, añadió con la sencilla conviccion del que posee la clave de un enigma:

—No seria ciertamente, si mi Padre Dios no me ayudase.

Sorprendido el Arzobispo de tan sencilla como profunda respuesta, rogó al tullido que le refiriese minuciosamente su género de vida.

—Pues miré su mercé,—contestó el tullido con la misma sencilla calma: como he dicho ántes, soy viudo hace muchos años, y no tengo más familia que mis hijitas... Paso los dias que

el Señor me da de vida, de este modo: al levantarme por la mañana, digo una oracion á mi Padre Dios; almuerzo lo que mis hijas me tienen ya preparado, y arrastrándome despues como puedo, salgo al campo con mi carabina... A los pocos pasos que he andado fuera de mi casa, ya mi Padre Dios me tiene un venadito como se lo he pedido en mi oracion... Lo mato, vienen mis hijas, lo llevan á casa, y con la carne y los cueros, que mandamos vender, nos mantenemos ha muchos años.

Maravillado el Arzobispo, así de lo que decia el tullido, como de la sencilla ingenuidad con que lo relataba en su inimitable y pintoresca jerga, le instó á que dijera la oracion en que diariamente pedia el venado, á aquel Dios que, con verdadera confianza de hijo, llamaba siempre *su Padre*.

—¡Eso no haré, Padrecito; eso no haré!—replicó vivamente el tullido.

—¿Pero por qué?...

—Porque me da vergüenza.

—Pero, hijo mio, ¿no dices esa oracion delante de tu Padre Dios?...

—¡Ah! sí, Padrecito; pero mi Padre Dios... Vamos, mi Padre Dios, es otra cosa...

—Mira que yo te ruego que me la digas... ¿Por qué no has de darme ese gusto?...

—Padrecito... haré todo lo que su mercé me mande; pero eso no, porque me da mucha vergüenza.

—Pues eso es lo que ahora te pido... Vamos, hombre, dame gusto; que eso no debe avergonzarte.

—Pero, Padrecito, si esa oracion no la he aprendido en ningun libro, ni me la ha enseñada nadie.

—Sea como fuere... Dila.

—Pues mire, Padrecito, porque V. no lo tome á desaire, se la diré... Cuando me pongo, pues, de rodillas á la mitad de mi *jacalito*, le digo á mi Padre Dios... ¡Eh, Padre Dios!... Tú me has dado estas hijitas que tengo, y tambien tú me has dado esta enfermedad que no me deja andar... Yo tengo que alimentar á mis doncellitas, porque ellas no han de ir á ofenderte... Ea, pues, Padre mio, ponme aquí cerca un venadito, donde yo lo pueda matar, y así quedará socorrida esta pobre familia.

El Arzobispo le escuchaba absorto, como si el Príncipe de la Iglesia aprendiese del infeliz tullido, y éste, sin reparar en la admiracion de aquel, concluyó sencillamente:

—Esta es la oracion, Padrecito... Y cuando la he dicho, salgo al campo seguro de encontrar lo que he pedido á mi Padre Dios, y lo en-

cuentro siempre... Y en veinte años que llevo de estar enfermo, nunca me ha faltado este socorro: porque mi Padre Dios es muy bueno... muy bueno...

## III

¿Os asombra este prodigio?... ¿Dudais acaso de él, recordando que tambien vosotros pedis á Dios bienes y no os los concede? ¿Remedios y no os los da? ¿Auxilios y no os los presta?... Quizá el mismo tullido pueda daros tambien la clave del misterio... Oid al mismo Arzobispo de Michoacan, que os dirá al oido muy bajo, pero muy bajo, quizá por no avergonzaros, que aquel pobre semi-salvaje de los bosques de América, invocaba á su Padre Dios desde el fondo de un corazon perfectamente resignado; que levantaba hácia él, como encarga San Pablo, *sus manos puras*, puras... Tan puras, que en los veinte años que llevaba de enfermedad,

era su mayor falta haber apaleado á un perro, que le estaba comiendo un cuero de venado...

Con esto cesará á vuestros ojos el prodigio, porque no es prodigio que Dios cumpla lo que promete. El prodigio grande seria, que dejara de cumplirlo.

# MAL-ALMA

*Digitus Dei est hic.*
Dedo de Dios es este.
(ÉXODO, *cap.* VIII, *v.* 19).

# I

REINABA en el pueblecillo cierta zozobra angustiosa: los hombres volvian apresurados del trabajo ántes de tiempo, dejaban las herramientas en sus casas, y acudian en tropel á la taberna del tio Mal-alma. Las mujeres salian tambien azoradas, reuníanse en corrillos, tornaban á separarse, y con las cabezas en alto, como perro que rastrea, iban y venian en busca de noticias de la puerta de la taberna, á la del desmantelado caseron de D. Juan Sin-cara. Hallábase atado á una argolla de hierro, fija en la pared de éste, un magnífico potro cerrero, negro, con bocado y serreta en las dobles bridas,

silla vaquera, alforjas de camino detras, pistolas en el arzon delantero, y escopeta de dos cañones al costado derecho. Un grupo de chiquillos rodeaba al hermoso animal, que sacudia briosamente las crines y piafaba impaciente, como protestando de aquella violencia que le arrebataba su libertad. A su lado otro caballo fuerte, aunque poco airoso, huesudo, de esos que en Andalucía suelen usar los vaqueros y aperadores de cortijo, llevaba con paciencia aquellos mismos arreos, mitad rústicos, mitad guerreros, y daba con su inmovilidad lecciones de sumision á su indómito vecino.

Preguntas ansiosas, respuestas entrecortadas, y exclamaciones de sorpresa, de temor, de odio y de esperanza, circulaban por todas las bocas, unidas siempre á un nombre extraño: al nombre de Lopijillo.

—¡Lopijillo ha venido!—decian los hombres, con cierta mezcla de misterio, de temor y de esperanza.

Y al repetir este nombre las mujeres llenas de miedo, añadian con rabiosa saña:

—¡El demonio se lo lleve!... ¡Maldito sea!... ¿Y no habrá un rayo que lo parta?...

En la última casa del pueblo, separada de las restantes por un cohombral de melones, un hombre rechoncho y carilleno apoyaba la ro-

busta espalda en una añosa higuera plantada á la puerta, por cuyo tronco subia y se enredaba una verde parra, con aquella juguetona confianza con que rodea un niño los brazos al cuello del abuelo. Golpeábase maquinalmente con una varilla sus zahones de paño burdo, como sacudiéndoles el polvo, pero disimulando en realidad el mal humor que se retrataba en su fisonomía bondadosa y hasta simple. De pié en el dintel de la puerta se hallaba una mujer de rostro enjuto y ojos vivísimos: tenia debajo del brazo un sombrero de hombre, y hacia calceta con cierta actividad febril, que revelaba bien á las claras la irritacion de su ánimo.

—¡Te digo que no irás, Juan Antonio!—decia con voz alterada. Ese D. Juan, que así le pega el *don* como á tí una mitra, y tu compadre Mal-alma, te van á perder... ¿Qué te va á ti ni te viene con que mande Rey ó mande Roque?... ¡Pues alma, de Dios, lo que no has de comer, déjalo cocer!

—¿Que no me va ni me viene?—replicó Juan Antonio. Pos mira que, cuando vengan los mios, ya te regodearás entónces... Como que me ha prometido D. Juan too el cortijo que linda con mi pejugar... ¡Y qué hermosos que están los trigos!... Cada espiga paece un roble, y cada grano como mi puño!... Verás cómo salimos

de apuros, y de éste lo comío por lo trabajao, que nos tiene siempre con el agua al cuello.

—¡Nuestro Padre Jesus me valga!—exclamó la mujer. Pues si ese D. Juan ó D. Mengue te lo ha prometido, anda y haz una raya en el agua del pozo, pa que te acuerdes de recogerle la palabra... Lo que él hará en cuanto se encarame al árbol, será darle un puntapié á la escalera... y cuidado no te saque del cuero las correas con que te azote... ¡Si irás tú á dejar por embustero á su Divina Majestá, que nos condenó á ganar el pan de cada dia con el sudor de la frente!... ¡Vaya un sinfundio!

—¿Pues y tanto rico que, como dice D. Juan, les luce el pelo sin hacer en too el santo dia más que su real gana?

—Anda, Juan, que si los pobres sudamos pa fuera, los ricos sudan pa dentro... ¿Pues no ves cómo á los más les sabe la miel á rejalgar, y andan siempre, la barba sobre el hombro, temiendo por sus dineros?... ¿Y pa qué hay pobres y ricos sino pa que se ayuden á entrar en el cielo?... Los ricos pagan la entrada con la limosna que dan, y los pobres con la paciencia que tienen; y si algun señoron tiene entrañas de piedra, su alma su palma; que Dios hay, y muerte, juicio, infierno y gloria... Con que, Juan, por los clavos de Cristo, que te dejes de ir á

casa de ese D. Juan de mis pecados, donde te llenan la cabeza de muñecos, y el corazon de hiel... ¡Tú, que eras una paloma, cuando no oias más sermones que los del señor Cura!...

—Ya te dije que he prometido ir, Catalina; y al buey por el asta, y al hombre por la palabra.

—¡Pero si esa palabra es para que tú mismo te pongas la soga al cuello!... Si esa palabra...

La suya se heló en los labios de Catalina, al ver aparecer por la esquina de la casa un rostro ancho y aplanado como el de un perro de presa, sombreado por mechones de pelo entrecano que cubrian su estrecha frente. Fijó el recien venido sus ojos vizcos en el grupo que marido y mujer formaban, y dijo con voz chillona y cascada, como la trompetería de un órgano destemplado:

—Compadre... Andandito, que ya es la hora...

Catalina se plantó de un salto delante de su marido, y dijo resueltamente:

—Este no sale hoy, tio Mal-alma; con que ya se puede usted volver por donde ha venido.

Mal-alma dió dos pasos adelante, se cruzó las manos á la espalda, y dijo con mucha paz:

—¡Caramba, y qué súpita es V., comadre!

Y acercándose á Juan Antonio, que daba vueltas irresoluto á la vara que tenia en la

mano, añadió con la seguridad del que sabe la cuerda que pulsa:

—¿Se va V. á dejar tomar el pelo por una hembra, compadre?... ¡Vaya que es V. blando de boca!

—¿Yo?—exclamó fieramente Juan Antonio, que como todos los caractéres débiles no podia sufrir que se trasluciese su debilidad; y arrancando de manos de Catalina su sombrero calañés, que en vano procuraba retener ésta, se dirigió hácia el pueblo sin añadir palabra.

El astuto Mal-alma le siguió de cerca, diciendo con sorna á la buena mujer:

—Si teme V. que se pierda su hombre, le daré recibo, comadre...

—¡Lo que yo quiero es que no asome V. más por aquí esa cara de judío de Viérnes Santo, so desvergonzado!—contestó Catalina furiosa.

Mal-alma sonrió socarronamente, y se alejó canturreando:

Cuatrocientas mujeres
Seiscientos loros,
Arman una algazara
De mil demonios.

La relacion de la suma total con los sumandos de la seguidilla acabó de exasperar á Catalina, y se metió para dentro, dando tan tremendo portazo, que asustado el gato se encara-

mó en el tejado, las gallinas prorrumpieron en enérgicas interjecciones, el gallo las arengó en latin con un prolongado *¡propterea quooood!*, y dando dos pasos al frente, se detuvo con una pata en alto, el pescuezo estirado, torcida la cabeza, brillante la mirada...

*¡Caveant Consules!*—dijo.

## II

LEGÓ la noche, y una porcion de sombras fantásticas comenzaron á cruzarse por el pacífico pueblo: uno á uno salian de la taberna del tio Mal-alma sus parroquianos, como los murciélagos de su asqueroso nido, y despues de varias curvas estudiadas, desaparecian rápidamente, como si temiesen algun espionaje, por el negro boqueron de la casa de D. Juan Sin-cara. Hasta unos cincuenta hombres fuéronse reuniendo en un estrecho aposento bajo, que hacia más capaz un tabique derribado que lo separaba ántes de la cuadra, y allí, entre las pestes que consigo traian, y las pestes que allí encontraban de reserva, entre los vahos vinosos de alientos y chicotes, y los me-

fíticos del estiércol corrompido que aún quedaba por los rincones, entre los temores de grandes peligros y las esperanzas de grandes venturas, se aprestaron á recibir á Lopijillo, el ilustre demagogo de la ciudad, que iba á presentarles D. Juan Sin-cara, el demagogo sucursal de la aldea.

Susurrábanse grandes noticias: decíase que habia llegado la hora de dar el golpe definitivo, que Lopijillo traia en las alforjas la órden de liquidacion social, y que aquella noche seria la última en que los ricos durmieran tranquilos en sus palacios. El tio Mal-alma, Ganimedes de aquellos Padres Conscriptos, hacia circular mientras tanto un jarro de vino, que mantenia el entusiasmo, alejaba los temores, fortalecia la esperanza y despertaba la elocuencia.

*Fecundi calices quem non fecere disertum?*

Entró al fin, por el hueco de un pesebre que con la casa comunicaba, un hombre que no parecia hombre. Un sombrero hongo, de anchísimas alas, caido hasta las cejas, le ocultaba la frente: seguian debajo unas enormes gafas de cristales verdes, y arrancaba de éstas una barba negra y espesísima, bardal inculto, en cuyo centro se levantaba una nariz roma, diciendo, á modo de epitafio,—Aquí yace una cara.—Aquel era el famoso demagogo conocido en la

ciudad con el apodo de *El hombre ignoto,* y más á la pata la llana, en la aldea, con el de *D. Juan Sin-cara,* por no tener ninguna á la vista. Vestia siempre, y en todo tiempo, un cumplido gaban, en cuyos profundos bolsillos sepultaba maquinalmente las manos, cuando en el calor de la improvisacion le faltaba la frase, como si tuviese allí el depósito de sus conceptos: solíalas entónces sacar y meter con actividad febril, sin encontrar la fugitiva idea, hasta que topándose en cambio con algun asqueroso terno, lo soltaba mondo y lirondo, para redondear el período y dar energía á la frase. Entró detras Lopijillo, el demagogo ciudadano, ilustre personaje, que en otro lugar daremos á conocer al público, en todo el esplendor de su gloria revolucionaria: en pos de ambos caminaba un tercer personaje, de polainas y marsellés, secretario rural de Lopijillo, que enarbolaba una bandera de flamante percalina roja.

Escalaron los tres una desvencijada tarima, que en el testero del Club-cuadra se levantaba, y en medio del más profundo silencio tomó la palabra Lopijillo, *improvisando* un trozo de elocuencia que habia aprendido de memoria en *La Guillotina—Diario para los ricos.*—Era llegado el momento: la hora de la justicia habia sonado para proletarios y poderosos, y los pa-

peles iban á trocarse. Con la flamígera antorcha de la civilizacion en la mano, habia recorrido él (Lopijillo) ciudades y aldeas, sacrificándose por el bien del proletario: hambres, frios, desnudeces, malos tratos y cuantos tormentos pueden inventar la tiranía y la Inquisicion para aherrojar al noble campeon del pueblo, los habia él sufrido... Pero aún queria sufrir más: aún no estaba saciada su sed de sacrificio. Habia llegado el momento de que España entera proclamase á un sólo grito la República Federal, y él estaba dispuesto á sacrificarse de nuevo, aceptando la candidatura de diputado, si ellos querian elegirle... Allí estaba la bandera roja, que él habia venido á entregarles con riesgo de muerte: una vez enarbolada en España, se procederia al reparto general de bienes entre los pobres. Los ricos usurpadores habian ya disfrutado bastante... En cuanto á él nada queria: le bastaba un cielo puro, un manso arroyuelo, una mata verde, y el espectáculo de la humanidad abrazándose á la sombra de un gorro frigio...

Una tempestad de gritos, aplausos, berridos y patadas estalló en el Club cuadra, evocando las sombras de aquellos sesudos machos, sus primitivos inquilinos, que tantas veces habian estremecido aquellas paredes con los ecos de

sus rebuznos y sus coces. Aquellos acentos guerreros, que tenian ya algo de las Termópilas, embargaron la voz á Lopijillo. Quiso continuar y no pudo: el vértigo sublime del entusiasmo le envolvió en su torbellino, y los mudos arranques de la oratoria griega y romana pasaron ante sus ojos. Marco Antonio, rasgando la toga de su amigo, para hacer ver al Senado las heridas recibidas en defensa de la pátria; Pericles, abrazando á Aspasia en el Areopago de Atenas, tambien callaron. Abrazóse, pues, en silencio al rojo pendon de percalina, y como los héroes de Klopstock, quedó inmóvil, mudo, abismado en el pensamiento de su inmortalidad, envuelto entre aquellos pliegues rojos, como un pollo desplumado en abundante salsa de tomate.

Entónces se adelantó D. Juan Sin-cara: quiso hablar, y dió sobre la menguada mesa un fuerte puñetazo. La sacra inspiracion brillaba en sus ojos hasta el punto de semejar sus gafas verdes dos farolillos á la veneciana, y con voz, que lo mismo parecia salir de las gafas, que de las narices, que del matorral de cerdas que cubria su boca, como cubren las telarañas la entrada de una cueva, dijo:

—¡Ciudadanos!... ¡Llegó la hora!... ¡La hora ha llegado ya!... ¡Ya ha llegado la hora!... ¡Yo

nada digo!... ¡Nada digo yo! ¡Yo no digo nada!... Porque habló este flamígero civilizador... este civilizador flamígero ha hablado... y á su lado soy yo... yo soy á su lado... un... un...

Y aquí D. Juan hundió ambas manos en los bolsillos, en busca del concepto que se le escapaba, las volvió á sacar, las volvió á meter, y encontrando al cabo una de las enérgicas interjecciones con que redondeaba las apódosis de sus períodos, con candidez federal, la soltó redonda.

El público quedó convencido: su entusiasmo traspasó entónces todas las barreras, y Lopijillo, vuelto en sí de su deliquio, vióse precisado á imponer silencio agitando una sonora esquila, que de la collera de Primoroso, gallardo macho cuyos lomos oprimia en sus expediciones don Juan Sin-cara, habia venido á servir en el Club-cuadra de campanilla al Presidente. Restablecida la calma, trazó Lopijillo el plan: la mañana siguiente era la designada para el levantamiento general de todos los buenos patriotas, y tocábales por el pronto á los presentes apoderarse de la Casa-Ayuntamiento, destituir alcaldes y concejales, y nombrar por sufragio otros nuevos. Fijóse la hora en que habian de acudir todos á la plaza del pueblo, con cuantas escopetas pudieran proporcionarse, y Lopijillo levantó

la sesion para volver á la capital, segun dijo, ántes de que amaneciese aquel dia de gloriosa y federal ventura. ¡Harto comprendia el demagogo que una vez desatado el viento en el mar, la tempestad se produce por sí sola!

Al despedirse Lopijillo, el entusiasmo venció á la prudencia, y todos en tropel acompañaron al ilustre jefe hasta la salida del pueblo. Frente por frente de la casa de Juan Antonio, montó al fin Lopijillo, con mil precauciones, en su magnífico potro cerrero, robado tres dias ántes en cierto famoso cortijo. Forcejeaba el indómito animal, y á duras penas contenia con las dobles bridas su fogosidad el improvisado ginete, cuando por última señal de despedida, dió un entusiasta viva á la libertad...

Una voz de mujer, aguda como una saeta, contestó á este grito desde la casa de Juan Antonio, haciendo vibrar, en el silencio de la noche, todas las cadencias de la ironía y de la rabia:

—¡Trapalon!... ¿Viva la libertad?... ¡Pues aflójele las riendas al potrito!...

## III

AMANECIÓ, por fin, el suspirado dia, y desde muy temprano se agrupaban en torno de la Casa-Ayuntamiento los tertulianos de don Juan Sin-cara, dejando traslucir en sus rostros preocupados, en sus miradas intranquilas, en sus diálogos sigilosos, esa inquietud que desasosiega el corazon del hombre, cuando se arriesga á una empresa en que juega el todo por el todo. El tio Mal-alma, Mefistófeles de aquellos desdichados, discurria atizando el fuego de corrillo en corrillo, dejando caer aquí una brillante promesa, allá una hinchada bravata, más léjos una sacrílega chocarrería.

Sonaron, por fin, las doce en el reloj de la

iglesia, y con pasmo de todos los que no estaban en el secreto, oyóse, en vez del pausado toque del Angelus, un repentino y alborotado repique, que llevó á todos los rincones del pueblo la confusion y la alarma. Vióse al mismo tiempo aparecer repentinamente en lo alto de la torre, como en la caja de sorpresa el muñeco á impulso de un resorte, la estrafalaria figura de D. Juan Sin-cara, que, empuñando una bandera roja, la enarbolaba junto á la veleta, gritando con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Viva la República Federal!...

Este grito repitieron en la plaza todos cuantos en ella se hallaban... Mas no ya con aquellos grotescos acentos que habian resonado la noche ántes en el Club-cuadra de D. Juan Sin-cara: á lo cómico habia sucedido lo trágico, y las mil horrendas pasiones que agitan al hombre ántes de jugar la vida, se reflejaban ya en aquellos rudos semblantes, alejando todo lo ridículo para dar lugar á todo lo terrible. La ira, el furor, el espanto, la ansiedad, la ansiedad sobre todo, la pálida, la temblorosa, la terrible ansiedad que precede á todos los combates y á todos los crímenes, parecian hallarse suspendidas en aquellas fisonomías, esperando el primer grito, la primera humareda de pólvora para desbordar en todo su horror esa saña, que pre-

cipita al hombre en un charco de sangre, y le hace experimentar, al teñirse las manos en ella, todos los sombríos deleites de la crueldad y la venganza... Porque la *negra mano de la reaccion*, como decia Lopijillo, habia tomado tambien sus medidas, y no bien resonó en lo alto de la torre el grito subversivo de D. Juan Sincara, cerráronse como por encanto las puertas de la Casa-Ayuntamiento, y aparecieron en sus ventanas los formidables tricornios de varios Guardias civiles, que allí mismo tenian su puesto, y las amenazadoras bocas de sus carabinas de dos cañones.

—¡Afuera todo el mundo!...—gritó el cabo.

Y una descarga cerrada ahogó este grito de intimacion entre el estruendo de la fusilería y los alaridos de rabia. La Guardia civil rompió entónces el fuego, y comenzó esa eterna tragedia, que se representa en el mundo desde que Cain tiñó sus manos en la sangre de Abel... ¡Allí estaban hermanos luchando contra hermanos, ansiosos de derramar una sangre estéril en frutos y fecunda en remordimientos, disputándose, como los beduinos del desierto, el hilito de agua turbia que brota entre las arenas, sin acordarse del manantial de aguas vivas que brota en el vergel de los cielos, único que puede apagar la sed del corazon humano! Un solo

espectador tenia aquel drama sangriento: el mismo que habia puesto las armas en manos de aquellos infelices, y desaparecia en el momento del peligro, para aparecer de nuevo en la hora del triunfo, como el vil merodeador, que no se presenta en el campo de batalla hasta que sólo quedan en él cadáveres que despojar... Allí estaba D. Juan Sin-cara refugiado en lo alto de la torre, esperando el éxito de la lucha, y sintiendo, áun al abrigo de los gruesos muros, todos los terrores de la cobardía: pálido, acurrucado en los rincones de la escalerilla de caracol, tentábase maquinalmente todo el cuerpo á cada explosion que resonaba en la plaza, para cerciorarse de que estaba ileso, y á retazos acudian á sus labios algunas plegarias, que allá en el fondo de su corazon quedaban, como queda en el bote de esencias que ha rodado por mil basureros, algun rastro de su primer perfume.

Entretanto continuaba en la plaza el tiroteo, y ya la vista de la sangre derramada avivaba la rabia de las fieras humanas: ya el impío furor lanzaba ferocidades y blasfemias, con que parecian pelear las lenguas, al mismo tiempo que con las armas peleaban las manos... Mas de repente oyéronse en una de las calles laterales cánticos religiosos mezclados con alaridos confusos; y entre el estruendo de la lucha, y el

humo de la pólvora, y el asombro de los combatientes, desembocó en la plaza un numeroso grupo de mujeres desgreñadas y llorosas, que, con velas encendidas en las manos, rodeaban la Imágen de Jesus Nazareno, patron del pueblo, llevada en hombros por seis de aquellas desventuradas... Allí estaba el Salvador, coronada de espinas la majestuosa frente, descolorido el hermoso semblante, fijando los severos ojos en la lucha de fratricidas, como si de sus cárdenos labios fuese á brotar aquella terrible pregunta:

—¡Cain, Cain!... ¿Qué has hecho de tu hermano?...

Como de hielo quedáronse á tan inesperada vista cuantos en la plaza peleaban, y mientras con la una mano apretaban todavía las escopetas, descubríanse con la otra maquinalmente las cabezas, al mismo tiempo que asomaban lágrimas de ternura á sus ojos poco ha chispeantes de rabia, al reconocer en el lloroso grupo que rodeaba al Señor, como en otro tiempo las mujeres de Jerusalen, cuál á su madre, cuál á su esposa, cuál á las hijas de su corazon!... Una chispa faltaba tan sólo para que el fuego del entusiasmo y del arrepentimiento prendiese en los corazones de aquellos hombres irresolutos, que se sentian temblar como reos, ante la Imágen de Jesus, que como juez se les presentaba.

La maldad sacrílega del tio Mal-alma encendió esta chispa: vióse á este energúmeno echarse á la cara la escopeta, con sonrisa de demonio, apuntar á la Imágen, descerrajar un tiro, y desaparecer como un rayo por una cercana callejuela... ¡En el corazon del Señor fué á clavarse aquella bala sacrílega!... En aquel mismo corazon, que habia dictado entre las agonías de una muerte afrentosa, aquellas dulcísimas palabras:

—¡Perdónalos, Padre, que no saben lo que se hacen!

Entónces sucedió allí una cosa sin nombre: mil alaridos de horror, de entusiasmo, de amor, de espanto, gritos del alma, que parecian desgarrar los aires por todas partes, resonaron en todas direcciones, al mismo tiempo que los hombres arrojaban las escopetas y las mujeres las velas, y se precipitaban todos en tropel á la bendita Imágen, la rodeaban atropellándose, tendian hácia ella las manos, y querian abrazarla todos juntos, uno á uno, como si realmente tuviese vida aquel divino retrato, como si realmente temiesen ver espirar de nuevo, allí, á su vista, á impulsos de aquella bala, al Salvador de los hombres!... Abriéronse entónces las puertas de la Casa-Ayuntamiento, y sus defensores desarmados tambien mezcláronse con sus poco ántes enemigos encarnizados, y entre gri-

tos de entusiasmo y lágrimas de ternura acompañaron todos hasta su ermita, situada á la salida del pueblo, la Imágen de Jesus Nazareno, que, rodeado de aquella conmovida muchedumbre, parecia más que nunca el Buen Pastor volviendo al redil las descarriadas ovejas.

Llegaron entónces dos pastorcillos despavoridos, jadeantes, gritando con todas sus fuerzas, que allá abajo, en la carretera, habian visto el cadáver de un hombre. Y toda aquella multitud que, como impulsada por un mismo presentimiento se trasladó allí al punto, pudo contemplar, en efecto, tendido en el ribazo de una colina, el cadáver del tio Mal-alma. Tenia un balazo en el pecho, que le atravesaba el corazon, en igual sitio y de idéntico modo, que habia taladrado la bala de su escopeta la Imágen de Jesus Nazareno.

Nadie preguntó ¿quién? ¿cómo? ¿cuándo?... En el pavoroso silencio, que ata la lengua cuando la criatura humana ve patente el dedo de Dios, y por una especie de intuicion interior se da cuenta de su terrible presencia, sólo una exclamacion brotó de todos los corazones:

—¡Justicia de Dios!... ¡Justicia de Dios!

## IV

NA sombra pálida se deslizaba miéntras tanto de la torre de la iglesia: no era el génio de las batallas, que viniese á aspirar el humo de la quemada pólvora, ni tampoco un vampiro que buscase moribundos para chupar su sangre tibia... Era D. Juan Sin-cara, que huia desalado hácia la zahurda, donde, en vez de volver á la capital, esperaban ocultos el éxito de la intentona, Lopijillo y su secretario. Allí llegó jadeante, sin aliento: como el griego de Maraton parece próximo á ahogarse; pero no es anunciando una victoria.

—¿Todo se ha perdido?—le preguntaron.

—¡Ménos la pelleja!—contestó D. Juan.

Y se hundió las manos en los bolsillos.

¿QUÉ SERIA?...

# I

Yo no lo sé, lector; y por si tú puedes adivinarlo, con sus pelos y señales te lo cuento.

Ello sucedió allá por los años de 18**, cuando en cierta parte del mundo amenazaba á la Compañía, una de esas crueles persecuciones, que le dejó por herencia su Santo Padre Ignacio; aquel varon insigne que si no hubiera subido á los altares por su santidad maravillosa, hubiese alcanzado la gloria de las estatuas por su exquisita prudencia. Comprendia bien el ilustre guipuzcoano, que nada enerva tanto las fuerzas morales como la prosperidad; que para levantarse el hombre en toda su pujanza, requiere ser sepultado á tiempos bajo los rigores de lo adverso,

y que presto pierde el soldado sus hábitos guerreros, si la paz llega á enmohecer las arrinconadas armas.

Por eso corre entre los Jesuitas como tradicion fidedigna, que un dia encontró el P. Rivadeneira á San Ignacio, entregado á inusitado gozo: manifestóle su extrañeza con sencilla confianza, preguntándole el motivo de su particular contento.

—Regocijáos conmigo, Pedro,—respondió el Santo: porque hoy me ha prometido el Señor, lo que con tantas lágrimas le he pedido... *Que la gracia de la persecucion,* jamas faltará á la Compañía.

Cuatro siglos han probado ya y siguen probando, cuán fielmente cumple el Señor la promesa hecha á su siervo.

Tengo tan presentes los hechos que voy á referir, como si ayer mismo hubieran sucedido. La catástrofe de Sedan se aproximaba, enlazada con los sucesos ántes mencionados: Bismarck encendia un fósforo en España para pegar fuego á Francia; Napoleon arrojaba el guante entre las dos nuevas recetas de la muerte, el fusil Chassepot y las ametralladoras Cristophe; Guillermo lo recogia en Ems, gritando *¡Krieg! ¡Krieg!* (¡guerra! ¡guerra!) y yo, muy enfadado con estos señores que tan revuelto traian al

mundo, hacia mi cama cierta mañana de marzo, segun prescriben las reglas de la Compañía, con el mismo primor y cuidado con que por aquel entónces trazaba Moltke, el misterioso Moltke, aquel plan de campaña que debia de alcanzar en Sedan, éxito tan asombroso como el obtenido ántes en Sodowa. Tenia yo entónces una colcha de zaraza catalana, que formaba mis delicias. Su fondo era blanco; pero sobre él se destacaban con lujo churrigueresco, grandes medallones en que alternaban todos los matices del rojo, desde el pimenton hasta el apuntar de la Aurora, formando capullos como tomates, rosas como rajas de sandía, y marcos muy vistosos á graciosas bandadas de cigüeñas inverosímiles, y de fantásticos patos. Eran, sin embargo, animales muy prudentes: jamas turbaron aquellas mi sueño cuchicheando en el antiguo idioma egipcio de los Faraones, ni me desvelaron éstos con alguno de aquellos filosóficos *rap, rap,* que pone Andersen en boca de los héroes palmípedos de sus cuentos. Puedo asegurar que por aquel entónces, dormia yo más tranquilo entre aquellas aves acuáticas y viajeras, que dormian Guillermo en Ems, Bismarck en Friedrichoruh, y Napoleon en las Tullerías.

¡Ah! no tenia yo temores de aquí abajo, ni esperanzas de la tierra, y preparado de antema-

no á lo que Dios dispusiese, ponia los cinco sentidos en tender mi colcha encarnada, delgada por el uso como finísima holanda, cual si de la menor arruga que afease los contornos de sus palmípedos y zancudas, pendiese aquel equilibrio Europeo que amenazaba desquiciarse. En esta operacion, para mí dificilísima, me sorprendió el portero aquella mañana de Marzo, anunciándome que en el recibimiento me esperaba una visita.

Sorprendióme al pronto lo intempestivo de la hora, y creí encontrarme con algun devoto que deseara confesarse. Era el recibimiento ancho y largo en demasía, la mañana lluviosa y oscura, estrechas las ventanas, y la luz penetraba por lo tanto en la pieza, escasa y misteriosa. Al entrar en ella, pude distinguir á lo léjos una mujer, acurrucada en un sofá: lanzaba ruidosos suspiros, movíase de contínuo, se santiguaba con rapidez convulsa, dábase golpes de pecho, y extendia ambas manos como en demanda de auxilio hácia un cuadro que habia en frente. Miré al cuadro: era un perro de aguas, sentado con mucha gravedad sobre sus cuartos traseros. Retozóme la risa en el cuerpo y se me desbordó por los labios, al comprender que en la oscuridad de la sala, tomaba la devota al perro de aguas por imágen piadosa.

Mi indiscrecion advirtió á la mujer que no estaba sola, y asustada dió un salto en el asiento, gritó:—¡Jesus!—se santiguó de nuevo, y reconociéndome sin duda al cabo, se lanzó hácia mí como una flecha. Entónces pude advertir que era una feísima vieja, con los ojos saltones, vestida como pudiera estarlo una doncella de casa grande. Acercóse á mí con muestras de grande azoramiento, y extendiendo las manos para volver á cruzarlas á la altura de su rostro, me dijo con grande angustia:

—¡Padre!... ¡Padre!... ¡A la señora se le ha aparecido el diablo!...

¡Lector amigo!... ¿No te ha sucedido nunca en circunstancias solemnes, tristes ó apuradas, sentir á deshora un amago de intempestiva risa, que no hay mordedura de labios que debilite, ni pensamiento triste que enfrene, ni cruel pellizco que contenga, ni esfuerzo humano que impida ese desbordamiento de importuna alegría, que tú mismo juzgas grosero, peligroso, temerario y hasta cruel á veces, y dejas, sin embargo, brotar y correr como torrente de imprudente burla?... Pues eso me sucedió á mi entónces: al oir la inesperada salida de aquella mujer, tuve la crueldad de reirme de su angustia, con una carcajada ruidosa y espontánea, como las de los primeros años de la infancia.

Quedóse ella suspensa y como espantada, cual si hubiese oido reir á un marmolillo, ó entonar una endecha al quicio de una puerta: ignoraba, sin duda, que fuese el Jesuita animal risible. Por dos veces sosegué en mi risa y otras tantas volví á dar rienda suelta á la presa, hasta que llorando ella amargamente, tornó á decir con redoblada angustia:

—¡Sí, Padre, sí!... Se le ha aparecido el diablo... ó quizá fuese un alma en pena... Por eso quiere la señora, que vaya V. allá corriendo, corriendo...

—¿Pero quién es su señora de V.?

—Doña Adela...

—¿Doña Adela qué?...

Aquí pronunció un apellido que se encuentra en los árboles genealógicos de algunas casas de la grandeza: pero que no recordaba yo entónces, unido al nombre de doña Adela.

—No la conozco, dije.

—¡Sí, Padre, si la conoce!... doña Adela de M.**

Y titubeando un poco, añadió al cabo muy bajito:

—La Rabina...

—¿La Rabina?... ¡Ya!!...

Y mis ganas de reir se desvanecieron como por encanto, pareciéndome ya posible que á la

dama en cuestion se le apareciera el diablo, y aun probable que hubiese cargado con ella en cuerpo y alma: tales cosas le achacaban las lenguas murmuradoras. Lo único que seguia pareciéndome inverosímil era, que la Rabina quisiese ver á un Jesuita en su casa.

—¿Y dice V. que la Rabi..., quiero decir, doña Adela, desea que vaya yo á verla?...

—¡Sí, Padre, sí... Para eso solo me manda... Y lleve V. por Dios, agua bendita!...

—¿Pero qué ha pasado?... ¿Qué ha sucedido?... pregunté deseando adquirir algun dato que me diese luz, en aquel suceso, que no obstante sus grotescas apariencias, comenzaba ya á preocuparme, por hallarse mezclado en él, aquel nombre misterioso de la Rabina. La vieja se llevó las manos á la cabeza, dió un paso atras, y comenzó á revolver los ojos. Me asusté un poco; porque temí que me iba á responder, como á Macbeth las brujas del bosque.—*¡Una cosa sin nombre!*—Tomando sin embargo alientos, dijo siempre azorada:

—¡Jesus! ¡Jesus!... ¡Una cosa atroz, Padre!... ¡Ni lo sé siquiera!... Yo estaba en la alcoba cepillando la ropa... la señora escribiendo en el gabinete... De pronto, un ruido... ¡pim! ¡pam!, cristales que se rompen, y me veo á la señora en el quicio de la puerta, como una difunta, sin

voz, tiesa, tiesa... ¡Me morí!... Ella decia:—*Allí!... Allí!... mi hermana!... Concha!... Concha!...* ¡Me morí, Padre, me morí, y me encaremé en una silla chillando, como si viera venir miles de ratones!

Y como si viera en efecto llegar la temida plaga, tan aterradora sin duda para ella que como término de comparacion la ponia, comenzó de nuevo á llorar, y á dar vueltas por la sala manoteando.

—Pero señora,—le dije para calmarla. ¿Qué tiene de particular que doña Adela llamase á su hermana?...

—Pero Padre... si su hermana se murió hace hoy seis meses justitos, justitos... Ella es la que se le ha aparecido... Y si no, seria el diablo; Padre, seria el diablo; porque lo que es su hermana, era una santa... ¡Ah, sí, Padre; la señorita Concha, era una santa!...

—¿Pero dijo eso la señora?... ¿Ha contado ella algo?...

—¿Qué habia de contar, si ni alientos traia?... Yo chilla que chilla, y ella tiesa que tiesa, hasta que—¡cataplum!—se viene redonda al suelo, hecha un ovillo, dando con la cabeza en los rincones como si fuera un corcho... Me morí, Padre, me morí! Acudieron las muchachas, y el aguador, y el mundo entero... Pero es mucha

señora aquella... Y no porque sea mi señora y la sirva yo hace veinte años; pero tiene una correa, y un aguante, y un aquel, como nadie en el mundo... Se encogió, se encogió, y se tuvo firme sin chistar en cuanto vió gente...

—Mariana, me dijo; vete en busca del Cura... Fuí á la parroquia... El Cura diciendo Misa de tres, con órgano y todo... ¡Válgame Dios!... Entónces me dijo Juanito Ordoñez, el de la cerería, que en esta casa habia un monton de Curas, y por eso vine, Padre, por eso vine! ..

Y aquí soltó de nuevo la rienda á su afliccion, volviendo á llorar amargamente. Yo reflexionaba mientras tanto, pareciéndome descubrir á traves de aquella relacion incoherente y grotesca, alguna cosa grave. Un hecho positivo resultaba de ella, más extraño á mis ojos que la aparicion del diablo ó la resurreccion de la difunta; que la Rabina hubiese mandado llamar al Cura. Quise, sin embargo, cerciorarme ántes de tomar resolucion alguna, y pregunté á su espantada emisaria:

—¿Pero está V. cierta de que la señora le mandó avisar al Cura?...

—¡Sí, Padre, sí!... Con su propia boca me lo dijo... Con esta, que se ha de comer la tierra lo oí yo en la puerta misma de la alcoba...

Y acompañando la accion á la palabra, se

tiraba desapiadadamente de una oreja de elasticidad inconcebible, semejante al sucio pergamino de un antiguo palimpsesto.

Dejé entónces de titubear y me dispuse á seguir á la caduca Ariadna que habia de guiarme en aquel laberinto. Díjele que caminase delante, por no atravesar las calles en tan grotesca compañía, y ella echó á correr, mirando á todas partes, como aquel fantástico personaje de Hoffman, que habia perdido su sombra, volviendo á cada instante el rostro para ver si yo la seguia, tropezando con todas las esquinas, metiéndose en todos los charcos, pisando á todos los perros...

## II

MIENTRAS cruzábamos las diversas calles que á casa de la Rabina conducian, iba yo repasando en la memoria los varios datos biográficos que acerca de esta señora repetia la voz pública. Yo no la conocia, y con ser tan populosa la capital en que nos hallábamos, eran contadas las personas que la hubiesen visto alguna vez de cerca; tan grande era el aislamiento en que vivia. Tan sólo una tarde, volviendo yo con cierto caballero, del famoso hospital de X.**, situado en las afueras de la ciudad, vi por el camino que conduce á las vecinas huertas, una antiquísima y blasonada carretela, forrada de amarillo, y tirada por pacíficas mulas: hundida en los almohadones del testero,

iba una sombra negra, y sentada al vidrio una vieja feísima, de aspecto decente. Mi compañero, que aún vive en Madrid, anciano y achacoso, me aseguró que aquella sombra era la Rabina, y aquella vieja su doncella, ó sea su *diablo familiar*, como la llamaba él en son de burla. Coordinando entónces mis recuerdos, vine en la cuenta de que aquel *diablo familiar* debia de ser la misma estantigua, que en aquel momento caminaba delante de mí, sirviéndome de guía. Las cruces que le habia visto hacer, y la devocion con que se encomendaba en el recibimiento al perro de aguas, me tranquilizaron por completo; si era, en efecto, un diablo familiar, debia de ser un diablo arrepentido, al estilo del Abdiel-Abbadona que soñó Klosptock.

Doña Adela de M.**, conocida en toda la ciudad por el apodo de la Rabina, debia de frisar por aquel entónces, en los setenta años. Su padre, segundon de una casa ilustre, y por extraño caso rico, habia figurado en las Córtes de Cádiz, al lado de Argüelles, Quintana y Toreno, y emigrado más tarde á Francia, cuando la reaccion de 1823. Allí se habia educado por lo tanto, la entónces tierna Adelita, y vivido en París muchos años, en la época en que el *cerebro de Europa*, convertido en espantosa grillera, daba á luz en el órden literario á los ro-

mánticos de pálido rostro y cabellera de rey merovingio, que aplaudian el Hernani de Víctor-Hugo, y en el social á la segunda dómeda de revolucionarios, que ajustaban las cuentas al usurpador Luis Felipe, lo mismo que se le pueden ajustar al lacayo que estorba en la antesala. Los parisienses habian adelantado mucho; para sacudirse á un rey, tuvieron el 93 que guillotinarlo; para quitárselo de en medio el 48, les bastó sencillamente darle un escobazo.

Brillaban entónces en aquel cielo literario, dos estrellas de primera magnitud, que fueron las amigas íntimas de doña Adela: la llamada *Muse de la Patrie*, Delfina Gay, Madame de Girardin más tarde, y la baronesa de Duvenant, célebre ya por desdicha, con el nombre de Jorge Sand. Estrechaba esta amistad la aficion comun á las letras, y juntas frecuentaban los círculos literarios y los salones más en boga en el poco escrupuloso París de aquella época, mereciendo de sus admiradores el lisongero nombre de las tres Gracias. Decíase, que en estas tres décimas Musas, se habia inspirado el bueno de Jerónimo Paturot, al describir las tres poetisas que en los salones de la apócrifa princesa de Flibustoskoi, improvisaban, como Corina sobre el Capitolio, una en traje griego, otra con arreos de la Edad Media, y la tercera con botines y

pantalones. No sé lo que habria de verdad en esto: puedo asegurar, sin embargo, que la amistad de doña Adela con Jorge Sand, habia sido, en efecto, muy íntima y constante. Yo mismo tuve en mis manos, muchos años despues, un ejemplar de *La mare au Diable*, que la célebre novelista francesa regalaba á su amiga, con esta tan concisa como expresiva y pedantesca dedicatoria.

*Alteri Ego.*

*Georges.*

Nadie pudo saber nunca, por qué razones habia abandonado la Rabina el bullicio de Paris, quince años ántes de estos sucesos, para venir á enterrarse en la antigua casa de sus mayores, en compañía de una hermana mayor, ciega y viuda de un marino: excelente y sencilla mujer que se pasaba la vida haciendo calceta á tientas, y narrando á sus domésticos los extraños viajes que habia hecho con su marido por el Sur de las Américas. Esta era aquella señorita Concha, que segun el dicho de la doncella de doña Adela, habia muerto seis meses ántes.

La Rabina no recibia á nadie, ni salia nunca de casa, como no fuese en carruaje cerrado, á respirar á larga distancia de la ciudad, el puro ambiente del campo. Jamas se habia acercado

en tan largo período de tiempo á recibir los Santos Sacramentos, nunca se la habia visto entrar en la iglesia, y la primera y única vez que habia ido á visitarla el Cura Párroco, habíase negado á recibirlo cortés, pero decididamente. El pueblo, con ese maravilloso instinto con que adivina los caractéres y profundiza los misterios, habíala bautizado con el nombre de *la Rabina,* teniendo en cuenta sus apariencias de impiedad y su fama de literata. Decíase entre la gente culta, que empleaba los largos ocios de su vida, en escribir un libro sobre la emancipacion de la mujer destinado á producir grande ruido en el mundo. Ignoro tambien si esto era cierto: pero sí puedo asegurar, que cuando en 1867 se celebró en New-York el primer *meeting* de señoras, pidiendo para la mujer los derechos electorales, una de las primeras adhesiones de damas extranjeras, que recibió aquel comité femenino con pretensiones de masculino, fué la de la Rabina. Yo mismo leí su nombre, en las listas que publicó entónces *The North American Review,* periódico de Boston.

Mientras repasaba en la memoria estos varios recuerdos, vínoseme á las mientes un pensamiento, en que no me habia fijado nunca. La Rabina habia permanecido siempre soltera, y no obstante el foco de corrupcion en que habia

vivido, lo excéntrico de sus costumbres, y su falta absoluta de ideas religiosas, jamas osó la mordacidad pública hincar el diente, en nada que á su honra se refiriese. Era esto una extraña anomalía, dado el modo de ser ordinario con que suelen encadenarse los vicios; nunca la fea cebolla dió rosas, ni el pardo rábano castas azucenas. Te confieso, lector amigo, que para explicarme esta contradiccion, formé entónces un mal juicio: pensé que la Rabina habria sido en su juventud, una de esas forzosas Lucrecias, que llevan la salvaguardia de su honor, en la fealdad de su rostro.

Dimos, por fin, vista á la casa visitada por el diablo, y debo aquí confesarte, lector discreto, otra flaqueza: á pesar de que ya en aquel tiempo, contaba yo con esa seguridad y aplomo que dan al hombre las muchas vicisitudes de una vida azarosa, no pude menos de experimentar, á la vista de aquel caseron destartalado, una especie de inquieta zozobra, semejante á la del escolar desaplicado que va á examinarse, ó á la del alcalde de montera que se prepara á pronunciar el discurso de recepcion á un gran personaje. Era la casa antigua, con gran escudo de armas sobre la puerta, zaguan empedrado, con sendas escalerillas laterales que conducian á los entresuelos, y enorme porton de roble la-

brado en el fondo. Pareció éste abrirse por sí solo, como si nos esperasen, y atravesamos entónces un magnífico patio, una espaciosa escalera de mármol, y una galería larga y anchísima, todo destartalado, sucio y desprovisto de muebles y adornos, como si nadie habitase en aquel verdadero palacio. Una cosa ví, que seria realmente casual; pero que no por eso dejó de parecerme muy extraña en aquel momento. Ningun ruido se oia, ningun ser viviente se divisaba por ninguna parte: tan sólo encontramos en el primer tramo de la escalera, sentados en correcta formacion sobre el último peldaño, tres gatos negros que fijaban en mí sus redondos ojos, con importuna fijeza: al acercarme yo, precedido de mi guía, pusiéronse en pié al mismo tiempo, arquearon el lomo, empinaron á compas el rabo, como para darme la bienvenida, y echaron á correr maullando lastimosamente. Acordéme de nuevo de las brujas de Macbeth, y traduciendo al inglés sus maullidos, parecióme que venian á significar el mismo estribillo misterioso que pone Shakespeare en boca de aquellas:

*¡Double, double toil and trouble:*
*¡Fire, burn; and, cauldron, bubble!...* (1),

(1) ¡Doble trabajo: doble fatiga!
¡Arda el fuego y hierva la caldera!

Repito que lo tuve por casualidad: pero me hizo aquello poquísima gracia. Veíase en el fondo de la galería una mampara roja, y ante ella se detuvo mi guía, abriéndola de par en par, y diciéndome cortesmente, sin llorar ya, pero haciendo aun algunos pucheros.

—Éntre, Padre, éntre, que voy á avisar á la señora...

De la mampara á dentro, la decoracion variaba por completo: halléme entónces en un saloncito cuadrado, digno de cualquiera elegante parisiense de tiempos del Directorio: tan sólo faltaba, para que la ilusion fuese completa, alguna *Merveilleuse*, sentada en el sofá romano, de caoba y metal amarillo, que ocupaba la testera. Algo que á esto se aproximaba, se veia por las paredes: fijéme desde luégo en un retrato de hermoso colorido, que representaba á una mujer de treinta á cuarenta años. La reconocí al punto: una mano que no era la del pintor, habia escrito en torno del busto, la célebre frase atribuida á Manon Phlipon, Madame Roland, cuando al subir al cadalso divisó á lo léjos la estatua de la libertad.

—*¡Libertad!... ¡Cuántos crímenes se cometen en tu nombre!*

—¡Bella frase!—pensé yo. Lástima grande que no se le ocurriese á la famosa republicana,

hasta que le tocó á ella la suerte de morir en la guillotina.

Frente á este retrato habia otro de época más reciente, y de muy inferior mérito: representaba á un jóven pálido, de frente elevadísima, negra y larga cabellera, corbatin alto hasta las orejas, y ajustada levita. Era Víctor-Hugo, en los tiempos en que escribia dramas románticos.

Un tercer retrato, obra acabadísima de arte, que bien pudiera ser de David en sus mejores tiempos, ocupaba el testero. Veíanse en él dos figuras: una señora vestida de blanco, sentada en un jardin, sobre un banco de musgo: tenia un libro en la mano, en el cual parecia leer, declamando al mismo tiempo. En la portada del libro se leia: *Ledia.*

—¡Ledia!—dije para mí. ¡La novela que no se atrevia á leer á solas Châteaubriand, con ser tan poco propenso á escrúpulos, no obstante su poético misticismo!... ¡La obra más pérfida de Jorge Sand, aquel desdichado ingenio femenino, que tanto veneno supo derramar por las puntas de su bien cortada pluma!...

A los pies de la novelista francesa, pues ella era, en efecto, habia tendido en tierra un gallardo mancebo, que con la hermosa cabeza apoyada en las rodillas de la dama, parecia es-

cuchar atentamente su lectura, con una pipa encendida en los labios... Imposible me fué adivinar, quien fuera éste: porque imposible era reconocer en las graciosas facciones de aquel, al parecer muchacho, á la Rabina misma, á la vieja setentona que en aquel momento iba yo á contemplar por primera vez frente á frente.

Una puertecilla perfectamente disimulada bajo el papel verdusco que tapizaba las paredes, se abrió en efecto, y apareció de nuevo mi Ariadna, diciéndome con el continente azorado de siempre:

—Éntre, Padre... La señora le está esperando...

## III

ENTRÉ sin vacilar, y me detuve sorprendido en la puerta... Porque no era la Rabina, aquella caricatura de literata que yo me habia figurado, fea y negra hasta sudar tinta, como decia Luis XIV de Mademoiselle Scuderi, la escritora de su tiempo. Léjos de eso, conservaba aquella mujer los restos de una arrogante belleza, que aventajaba en mucho á la vaporosa de Delfina Gay, y no podia compararse con la vulgar presencia y los ajuanetados carrillos de Madame Sand, la otra tercera Gracia.

Estaba hundida en una gran poltrona de raso encarnado, junto á una chimenea en que ardia

vivísimo fuego; y no obstante lo adelantado de la estacion, y de hallarse envuelta en un antiguo chal de Cachemira, agitaban todo su cuerpo frecuentes escalafríos. Al entrar yo en la pieza, púsose en pié con gran trabajo, y pude entónces admirar su majestuosa talla, que no habia logrado encorvar el peso de setenta años. Tenia el pelo blanco como la nieve, peinado *en bandeaux*, como decian las elegantes del año cuarenta: especie de cortinillas, que tocando las extremidades de las cejas, bajaban hasta cubrir del todo las orejas. La blancura nivea de sus canas, hacia resaltar su tez morena, cortada por dos cejas negras como el azabache, que prestaban al conjunto de su rostro, una expresion de enerjía, cercana ya á la fiereza.

—Siento haberle molestado á V. Padre;—me dijo... Pero esa Mariana equivocó mi encargo, y le ha incomodado á usted en vez de avisar al Párroco.

Yo la escuchaba absorto: porque jamas habia oido una voz más sonoramente dulce, más cadenciosa, ni tan agradable al oido: aquel acento en aquella mujer, hacia verosímil la antigua fábula de las Sirenas. Mi admiracion no me impidió sin embargo comprender que con aquellas corteses frases, y aquellos dulces acentos, me decia bonitamente la señora Rabina, que

estaba de más en su casa: respondíla, pues, haciendo ademan de marcharme.

—En nada me ha molestado V. señora; pero si ha sido una equivocacion...

—¡Oh, no, no!—exclamó ella vivamente. Quédese V. ¡se lo suplico!... Para mí es igual; quizá mejor... Lo mismo podrá V. darme un consejo; resolverme una duda...

Sentámonos entónces, y reinó un silencio embarazoso, como sucede de ordinario, ántes de comenzar una conversacion de suyo difícil. Yo lo rompí el primero, diciendo:

—Me dijo su doncella de V., que esta mañana habian tenido un gran susto.

—¿Susto?—dijo ella.

Y fijó en mi una mirada de fingida extrañeza, como si aparentase no comprender el sentido de esta palabra. ¡Y sin embargo la pobre vieja estaba temblando!

—Susto, no;—prosiguió al cabo lentamente. Sorpresa... desengaño, sin duda... Yo, no lo hubiera creido nunca... Conocí mucho en París á Allan Kardec, y me hablaba siempre de estas cosas de espiritismo... Pero yo me reia de sus embelecos... Y sin embargo...

—¡Pues vamos ganando!—pensé yo al oirla. La visita del diablo, la ha convertido de incrédula en espiritista.

Y cruzando los brazos debajo del manteo, me dispuse á escuchar pacientemente, hasta ver en lo que paraba aquello. Recogióse ella un momento, y prosiguió hablando de este modo:

—No se si sabrá V., que tuve la desgracia de perder hace seis meses á mi única hermana... Mi pobre Concha...

Dije que sí con la cabeza.

—Era una mujer excelente, inofensiva; pero muy...

Me pareció que iba á decir *fanática,* y la miré fijamente á la cara.

—...devota, concluyó ella, y bastante corta de alcances... En su testamento dejaba por heredero á un sobrino de su marido, y me nombraba á mí su albacea, dejando tambien á mi arbitrio el número de Misas que habian de celebrarse por su alma.

Aquí me pareció advertir, que la Rabina se sonreia imperceptiblemente.

—Yo me cuidé muy poco de esto,—prosiguió diciendo. Confieso que hice mal: porque aunque éramos de tan distintas opiniones, yo debí de respetar las suyas... Comprendiéndolo así al cabo, escribí al Cura de la parroquia hace unos quince dias, encargándole que dijese diariamente una Misa por mi difunta hermana hasta nuevo aviso... Hoy me levanté temprano

como de costumbre, y me puse á escribir de nuevo al Párroco, diciéndole que desde el dia de hoy, cesasen las Misas.

Al llegar aquí, pareció conmoverse algo la Rabina, y como si tuviese calor, echó hacia atras la rica cachemira en que se envolvia.

—Estaba escribiendo ahí, en esa pieza contigua, que es mi gabinete... Habia terminado ya la carta... muy corta... cuatro líneas; y faltaba solo la firma... Fuí á ponerla: pero sentí entónces una impresion desagradable... Una cosa rarísima... Así como una especie de intuicion de que no estaba sola... que estaba allí mi hermana, detras de mí, á mi derecha... He oido que algunas personas sienten en la oscuridad terrores semejantes: me dominé por eso, y firmé la carta sin volver la cabeza... No pude contenerme, sin embargo, y la volví en cuanto solté la pluma... Y esto es lo atroz, Padre... lo que quiero comprender, y no comprendo!

Y la Rabina echó el cuerpo hácia delante en la butaca, temblando como una azogada, para proseguir muy bajo, como si hasta el sonido de su voz le inspirase miedo.

—Esto no se explica, Padre; pero es cierto, cierto: no me queda duda... A mi lado mismo, pegando á mi misma silla, ví una cosa que no puedo definir, porque parece un prodigio verlo,

y seria otro prodigio explicarlo... pero lo ví tan claro, tan claro, como lo veo á V. en este momento... Era una cosa indescriptible; así como una columna de humo amasado con tinieblas... Allí habia forma sin materia, sin color; palabra sin voz,... y en medio, algo que sentia yo ser mi hermana... dos ojos, los suyos,... su mirada triste, tristísima, que parecia implorar algo, con dos lágrimas de fuego que le caian cara abajo.. Me levanté con tal ímpetu, que el sillon fué á dar contra los cristales, haciéndolos trizas... Entónces se alargó la sombra hasta llegar á la mesa, y con la punta de aquella oscuridad, tocó el papel y borró la firma...

La Rabina sofocó una especie de gemido, y se dejó caer extenuada en el respaldo de la butaca, envolviéndose en su cachemira, y tiritando de frio ó de espanto. Yo no volvia de mi estupor al oir aquella singular historia, y sentia tambien algo de los desfallecimientos del miedo.

—¿Pero no sería eso alguna ilusion?—dije sin embargo. Quizá V. misma borró la firma, al levantarse, con los picos de ese manton ó con el roce de la manga...

—¡No, no, no!—gritó la Rabina. El manton no lo tenia puesto... Las mangas... ¡Vea V.!

Y extendió con fuerza ambos brazos, mostrándome las ajustadas mangas de una bata de

tafetan gris, con vueltas de blanquísimo encaje, en que no se descubria mancha de tinta ninguna.

—¡Eso es lo que me aterra!—añadió, sin tratar ya de ocultar su miedo. Eso es lo que quiero saber... ¿Cree V. posible que el alma de un muerto venga del otro mundo, á impedir que le acorten los sufragios?...

—¡Sí, señora!—respondí yo con firmeza. Lo creo posible; pero no lo juzgo probable... Lo creo posible, porque en el poder de Dios cabe todo, y si V. me concede que Dios existe, no me puede negar sus atributos, y si no me niega sus atributos, tampoco me puede negar que los ejerza... No lo creo pobable, porque para lograr sus fines, se vale Dios ordinariamente de medios naturales; porque lo sobrenatural es muy raro, extraordinariamente raro, y se confunde á menudo con cosas naturales, pero desconocidas; ó mejor dicho, ni siquiera desconocidas; tan solo ocultas, y á veces hasta vulgarísimas... Y si no, dígame V. señora... ¿padece V. de insomnios?... ¿Durmió V. bien la noche pasada?...

—Siete horas seguidas... Como si tuviese quince años.

—¿Estaba V. impresionada, nerviosa, con la muerte de su hermana?...

—No, señor... Mi hermana era una mujer

muy vulgar: en nada congeniábamos, y m
preocupó muy poco su muerte... Y si no m
impresionó en el momento, ¿cómo me iba
impresionar hasta ese punto, al cabo de se
meses?...

—Pero cuando empezó V. á escribir esa ca
ta, ¿tenia remordimiento de no cumplir la v
luntad de la difunta?...

—¿Remordimientos?—gritó la Rabina sa
tando en la butaca. ¡Ninguno!... Lo único qu
sentia, era pena de haber gastado en Misa
aquel dinero, que me parecia mejor emplead
en darlo á los pobres, ó... en tirarlo por la ve
tana!...

Imposible es describir el acento de espant
sa conviccion y la especie de diabólica rab
con que pronunció la Rabina, aquel—*¡tirar*
*por la ventana!*—Embargóme al oirla un dob
sentimiento de terror y de lástima: díjela s
embargo:

—Pero á lo ménos, pensaria V. entónces e
su hermana... Tendria siquiera pesar de que n
cumplia sus deseos.

—No, señor: en nada de eso pensaba... Habi
escrito ántes otra carta para París, de much
importancia, y de tal modo me preocupaba l
que en ella decia, que me equivoqué tres vece
en las cuatro líneas que escribí al Párroco... N

quiera tenia idea de que allí se trataba de mi hermana...

—Pues si la ilusion no consiste en eso, puede consistir en algun otro fenómeno físico... ¿Entran las luces directamente en ese gabinete?... ¿Puede efectuarse en él alguna ilusion óptica, quizá algun fenómeno de espejismo?

—No lo creo... Pero aunque así fuera: ¿cómo me explica V. que un fenómeno de espejismo borre la firma de una carta? ¡Venga V.!... Allí está todavía... Examínela despacio; que ella nos sacará de dudas.

Y la Rabina se puso de pié, erguida y chispeante, como si quisiera desafiarme.

Los papeles se habian trocado: yo parecia el incrédulo, y ella la creyente, luchando por convencerme del prodigio.

—¿Pero V. no ha examinado despues la carta?

—No, señor... No he tenido valor para mirarla...

Estuve por decirle que á mí tambien me faltaba: pero arrastrado por la fuerza de las circunstancias, me adelanté hasta la puerta del gabinete: allí nos detuvimos los dos, silenciosos, azorados, como los tábanos ante la Esfinge. Era la pieza un pequeño *boudoir* elegantísimo, pero del mismo gusto anticuado de su

dueña, que conservaba en todo las modas de su época. Veíase en el fondo un pupitre atestado de papeles, y sobre él una cartera de escribir con incrustaciones de nácar: en el centro de ésta se destacaba un pliego de papel de carta, en que pude distinguir desde léjos algunas líneas escritas, y una mancha horizontal, larga y estrecha por debajo.

La Rabina cogió el papel, haciendo un esfuerzo violento, como si tocase á una culebra, y me lo puso en la mano... La firma estaba, en efecto, borrada: examinéla atentamente por el derecho, por el reves, al trasluz, al tacto...

¡Ah! la Rabina tenia razon: no era aquella una mancha de tinta: no habia borrado la firma el roce descuidado de un manton, ni tampoco el frote de una manga. Era una mancha oscura, del matiz del cuero, idéntica en el color y en lo quebradizo, á la huella tostada que deja sobre un papel, el contacto de algo candente...

Miré entónces á la Rabina: estaba apoyada en el quicio de la puerta, pálida como un difunto. Yo sentia frio en el paladar, y el papel temblaba en mis manos...

Salimos del gabinete y hablamos mucho, mucho... Realmente era el diablo aquella mujer: pero un diablo de muchísimo talento.

## IV

RES años despues, hallándome yo en tierra extranjera, recibí por el correo una esquela de defuncion. Era de doña Adela de M.**, muerta en X.**, el 24 de abril de 18.**, *despues de recibidos todos los Santos Sacramentos*. La esquela no hacia mencion de parientes ni amigos: solo el *Director espiritual* convidaba al entierro.

Me apresuré á encomendar á Dios el alma de la difunta; mas no era solo caridad lo que me inspiraba mis sufragios. Por tres veces desperté aquella noche, y ninguna me atreví á abrir los ojos: parecíame siempre que iba á ver en la oscuridad del aposento, aquellos dos ojos tristes, tristes, que miraban implorando algo: aquellas dos lágrimas de fuego que corrian en silencio por mejillas vagas, borrosas, como de humo amasado con tinieblas...

# ÍNDICE

*Páginas*

¡Era un Santo!..... 7

El cazador de Venados..... 113

Mal-alma..... 133

¿Qué sería?..... 161

462320

Coloma, Luis
Del natural, (copias varias).

LS
C7187d

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED